

# ATENE O

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

—••—

Directores: Prof. JOSE ANDRES ORANTES — Sr. JUAN FELIPE TORUÑO

Redacta: JUAN FELIPE TORUÑO

Tercera época-No. 164	San Salvador, El Salvador, Diciembre de 1944	Año XXXII
-----------------------	--	-----------

## De la Dirección

### El Intelectual y su Responsabilidad en Estos Momentos de Cooperación Imprescindible y Fundamental

*E*N nuestro apunte del número anterior de ATENE O hablamos de la significación y del valor que debe tener como cosa viva el pensamiento producto del conocimiento y como necesidad de darle cuerpo en vitalidad orgánica.

*Si el pensamiento tiene que ser músculo, el creador de él debe hacerlo funcionar con la sinceridad de que es capaz quien no quiera defraudar sus intenciones y propósitos para que éstos lleven la pureza de la acción al servicio que se deba prestar a sociedades y naciones, al hombre mismo en su grado de mejoramiento individual y colectivo.*

*Las facultades del intelectual tienen que ponerse más claras en la acción y su responsabilidad en grado máximo puesto que está mayormente experimentado en la fuerza conviccional y porque el intelectual de ideas precisas y vitales, tiene de Cristo y de Apolo. De Cristo por la doctrina, de Apolo porque indudablemente hay belleza en el servicio que se ha dado para que la vida de los demás se ajuste a concordancias benefactoras.*

*En ningún tiempo como en el actual los hombres de pensamiento han ido cargando con cruz tan pesada y cruel en trayectoria de encrucijadas, donde lo imprevisible acecha y donde no se puede evadir ninguna actitud a fin de que el avance hacia una mejor condición existencial no se demore por falta de valor y entereza.*

*La cruzada porvenirista suma una serie de conflictos en los que el hombre de pensamiento tiene que estar más alerta que nunca para no fallar. La vida se viene fundamentando en encarnación de ideas para que éstas respondan con el hecho a aquella actitud mejoritaria. Y si ellas no responden al reajuste no han sido bien definidas y al hombre mental le ha faltado la suficiente fuerza para asentar la certeza de sus ideas en la acción, y sin duda, porque no se ha enterado del momento que vive, de los grandes conflictos en que la humanidad se encuentra y de los que tiene que vencer para asirse de otra vida con mayores urgencias, con distintas características en la forma y con otros problemas a que tiene que enfrentarse, creados por esas mismas urgencias y características.*

*No sólomente tiene que ser el intelectual defensor de sus principios, sino mantenedor de ellos en la actuación viva de los hechos. Y no, tampoco, tendrá que tirarlos al viento para que como el pólen vuyan a fecundar pistilos humanos, naturalmente. Tiene que jugarse entero y sangrarse alma y cuerpo en la tarea, lealmente, claramente, fundamentalmente.*

*¡Cuán grande es el panorama que se presenta para el futuro! Apenas si se entrevé el conjunto que adviene de todas estas conflagraciones en que la humanidad ha estado en debate de dos principios: el de la libertad que se ha venido corrompiendo y prostituyendo con falsas actitudes y el de la esclavitud que ha querido imponerse retrotrayendo épocas que — de ninguna manera y forma— podrían colocarse en el escenario de un mundo que ha avanzado en lo que corresponde a ciencia y mecanismo y aún en algunos aspectos del espíritu.*

*En la libertad estará descansando el poder de acción. Por lo mismo, en ella los intelectuales deben ser completamente perpendiculares. Porque al moverse libremente, esa libertad debe pervivir en igualdad de actitud en todos y por todos. Y de ninguna manera restringida, puesto que si tal se hiciera, el principio se hace añicos y se cae, indudablemente, en la parte opuesta que se trata de destruir, o sea la esclavitud, el oscurantismo, la dominación sin argumentos y nada más que por la imposición que quisiera ser irrestricta.*

*La llegada de un futuro por el que se están planeando teorías y haciendo programas para el desarrollo oportuno, debe de hacer prepararse a los hombres de pensamiento. Estos deben conocer hasta los más pequeños detalles de las situaciones en que se estén moviendo los acontecimientos.*

*Mirar a través de ellos, hasta el fondo, es facultad del hombre mental. Y tratar de equivocarse lo menos posible, es una de sus consignas.*

*Y en esta obra de grandes proporciones, los centros de cultura tendrán, no hay duda, que funcionar de modo que sean eficaces para la obra que se acerca y en la que todos, completamente todos, tendremos que aportar lo indispensable como acción primordial para el encauzamiento de fuerzas de vida y para la armonía que deberá primar pensamientos y actividades.*

**H**ACE tantos años que sucedió lo que voy a contar, que bien podría ser un cuento de niños, que llega a nosotros como historia, o un trozo de historia que por haber vivido durante siglos en tradición oral se ha transformado en un cuento infantil.

El rey Rörík de Dinamarca, tenía una bella hija llamada Gertrudis, y se la dió en matrimonio a Horwendill, su vasallo, gobernador de Jutlandia.

De este matrimonio nació Amlet, o Amirith, que de las dos maneras se le conoce, a quien Shakespeare inmortalizó con el nombre de Hamlet.

### Hamlet el nieto del Rey

Era un príncipe rubio y pálido, de claros ojos azules que observaban con admiración la naturaleza que le rodeaba. Callado y quieto, pasaba las horas mirando al cielo por donde volaban los patos salvajes a la llegada del invierno, o contemplando el mar plateado y gris.

En los largos inviernos del Norte, cuando era forzoso vivir encerrado sin otro horizonte que las llamas del hogar, oía contar a su padre sus viajes por las costas del sur, sus desembarcos en el país de los iberos, donde crecían los naranjos y el oro brotaba de la tierra..., porque el gobernador de Jutlandia era un pirata famoso.

Feugó, el tío de Hamlet y hermano de su padre, gobernaba el país a medias con él, y durante las excursiones de Horwendill, era el jefe de todos. El niño miraba con terror sus

# La Historia DE

# HAMLET

ojos huraños y amarillentos, y escondía la cara en el regazo de su madre, la dulce y tímida princesa.

### La locura del Príncipe

Era todavía casi un niño cuando vió morir a su padre Horwendill en un banquete. ¿Le vió matar o lo soñó? No podría decirlo; pero estaba bien seguro de que a su padre le había matado su tío Feugó.

Poco tiempo después vió celebrar las bodas de su madre con su tío... y Hamlet comenzó a dar señales de locura.

Sus manías eran extrañas y hacían reír a los caballeros que visitaban el palacio del gobernador. Se pintaba el rostro de colores, cambiándose la expresión de él constantemente; se vestía con extravagantes vestiduras, hablaba incongruencias, se pasaba horas y horas afilando garfios de madera, que nadie comprendía para qué iba a utilizar.

Estaba una vez sentado entre la ceniza del hogar y le preguntaron:

—¿A qué destinás esos garfios?

—A vengar a mi padre— contestó mirando a todos aquellos que le habían visto morir sin protesta y daban homenaje a su matador...

### La primera Prueba

Feugó se había estremecido al saber la respuesta. ¿La locura de su hijastro era real o fingida? Nada podía hacerse contra él, que era hijo de Gertrudis y nieto del rey...

Como nada puede resistir a la prueba del amor, ordenó que fuera llevado a un bosque, donde una bella muchacha, desnuda y coronada de rosas como una hada, haría olvidar al príncipe el fingimiento de su locura y confesar sus planes de venganza. Esta confesión, oída por espías, sería motivo de sobra para encarcelarlo y hasta para matarlo.

Subió Hamlet al caballo que había de llevarlo al bosque, y montó como siempre dando la espalda a la cabeza del animal y empuñando las crines de la cola en lugar de riendas. Al despedirse de su hermano de leche, éste dejó caer unas palabras en su oído y el príncipe sonrió apretando los labios.

Todo se cumplió como el gobernador había ordenado; pero Hamlet no dijo ni una sola palabra al hada del bosque.

### Prueba de la Madre

Antes de partir para un corto viaje, dejó Feugó ordenada una entrevista entre Gertrudis y su hijo que sería espiada por su mejor amigo.

El príncipe fué conducido al salón del palacio, donde la princesa Gertrudis, sentada en un escaño, extendía sus manos pálidas hacia los leños ardientes.

Era el salón grande y desolado. En un rincón la gran cama matrimonial oculta entre cortinas; en el otro extremo un alto montón de paja, que extendido por el suelo servía de lecho durante la noche a los servido-

res, como era costumbre de la época.

Hamlet miró el montón de paja y saltó sobre él imitando el canto del gallo, lo que hacía con extraordinaria propiedad, y agitando los brazos como alas... Luego hundió su espada con fuerza entre la paja varias veces...

Un terrible alarido indicó que había herido al espía oculto.

### La comida de los puercos

El príncipe salió del salón con un gran envoltorio sobre las espaldas, y se dedicó durante varios días a la extraña tarea de hervir carne para dársela a los chanchos.

A la vuelta del Gobernador éste preguntaba a todos por su mejor amigo, su hombre de confianza, al que había dejado un delicado encargo...

Pero nadie sabía nada de él. Tal vez Gertrudis, más pálida y demacrada cada día, podría decir algo; pero ella no diría nada...

—El príncipe loco dijo a su padrastro:

—Tu amigo era un hombre torpe, se cayó un día al albañal, y como no pudo levantarse, los puercos se lo comieron...

Lo que hizo reír a todos.

### El mensaje

Feugó ya no sabía como librarse de aquel loco cuyas azules pupilas acabarían por enloquecerle a él.

Entonces decidió mandarlo a Inglaterra con un mensaje para el rey. Este lo haría matar, y como las noticias tardaban muchos años en ser conocidas desde tan lejos, era posible que nunca llegaran a saber su muerte ni Gertrudis ni el rey, su abuelo.

Antes de partir el príncipe rogó a su madre, que al año siguiente, en aquel mismo día, celebraran sus funerales.

Dos hombres afectos a su padrastro le acompañaban. Con ellos cruzó el mar, desembarcó en Inglaterra, y caminó por espesos bosques hasta la ciudad. Un día en que los dos hombres se quedaron dormidos, descubrió el mensaje para el rey, que llevaban escrito sobre una tabla, y decía:

«Haz morir secretamente a este muchacho loco que te envió y recompensa a sus acompañantes; cásalos y agasájalos y no te pesará».

El príncipe lo leyó atentamente; quitó letras de un lado y las añadió a otro de tan ingeniosa manera, que cuando los dos hombres entregaron el mensaje, pues no sabían leer, el rey los hizo matar secretamente, y agasajó a Hamlet, le casó con su hija y le regaló una buena cantidad de oro.

Era la verdad que aquel príncipe de Dinamarca, era tan inteligente, ingenioso y bueno, como nunca el rey de Inglaterra conoció ningún hombre.

### Un año después

Hamlet pidió permiso al rey para visitar a su madre, y el rey se lo concedió. Para llevar su oro con seguridad durante el viaje, lo hizo fundir de modo que pudiera ocultarlo en dos bastones huecos.

Al pisar el suelo de Jutlandia, se tiznó la cara, se revolvió el cabello y tomó la actitud desatinada que siempre había tenido. Luego, apoyado en sus dos bastones, emprendió el camino del palacio.

Por todas partes veía llegar gentes vestidas de fiesta y que se diri-

gían al bosque de los sacrificios.

—¿Qué fiesta es o en qué época estamos?— preguntó.

—Es que ha muerto el hijo de Gertrudis— le contestaron—. Hace un año que partió para Inglaterra y nunca más se ha sabido de él; por eso hoy se celebran los funerales y todos estamos invitados a ellos.

Hamlet vió a todos los nobles caballeros amigos de su padre, que cuando niño le hacían cabalgar sobre sus rodillas... pero que habían sido bastante cobardes para no protestar del crimen y seguir prestando obediencia al matador.

Vió a las bellas damas amigas de Gertrudis, y a su misma madre apoyada en el brazo de Feugó...

Y presenció, subido a un árbol, el sacrificio de los bueyes en honor de la diosa Freija, que había de acompañar al príncipe en el oscuro camino que lleva al país de los muertos.

### El banquete

Cuando se presentó Hamlet en el banquete y fué reconocido por todos, el primer momento fué de terror; pero después acabaron riendo del muerto resucitado.

Hasta Feugó disimuló, riendo, su disgusto, y le preguntó:

—¿Qué has hecho de tus dos acompañantes?

—Aquí están —dijo mostrando sus dos pesados bastones.

Luego, con su aire ausente, se mezcló entre los servidores, sirvió vino a todo el mundo, rió e hizo tales extravagancias, que todos se convencieron de que estaba más loco que nunca.

Cuando los vió a todos borrachos, cortó las cuerdas que sostenían el inmenso tapiz que dividía el hall y

éste cayó sobre los comensales dormidos. Luego, con aquellos garfios que afilara durante años, sujetó las telas al suelo fuertemente, y todos quedaron como pájaros prisioneros dentro de una red.

### La venganza

Antes de que pudieran intentar salvarse, prendió fuego al tapiz, volcando sobre él las ascuas y los leños

ardientes del hogar, y todo ello se convirtió en una inmensa hoguera, que prendió en las tablas del suelo y en las vigas del techo.

La venganza, considerada en aquellos tiempos como sagrado deber, quedó cumplida escrupulosamente sin que escapara nadie.

El lugar donde estuvo el palacio se llama «Campo de Hamlet».

Muy cerca del mar señala los guías un sepulcro que se dice contiene los huesos del «Campo de Hamlet».



## Orígenes de San Salvador, Cuscatlán

Por JORGE LARDE

### CAPITULO V

(Continuación)

#### Sucesos de 1528 — Establecimiento de San Salvador en el Sitio de La Bermuda

### III

**E**N los pasajes de Remesal y Juarrros que hemos transcrito, se ve quienes fueron las primeras autoridades de la villa de la provincia de San Salvador, y los nombres por ellos citados son precisamente los mismos que aparecen en las actas del Cabildo de San Salvador, de 1528 a 1531; pero el doctor Luna sostiene la tesis de que Diego de Alvarado vino entre los primeros pobladores de San Salvador en 1525 y no en la remesa que mandó Jorge de Alvarado en 1528.

Los documentos citados prueban hasta la saciedad que Diego de Alvarado vino en 1528, cuando se estableció la villa temporalmente (aunque en la creencia de que se establecía para siempre) en la Bermuda; mas debemos analizar el documento en que se apoya el doctor Luna, que es un cuadro insertado en el final de un expediente que contiene una petición de Gómez Juárez de Moscoso y la resolución del Alcalde ordinario de San Salvador en 1579, Francisco de Cuica, y que decía así:

«En la ciudad de San Salvador, a nueve días del mes de febrero de mil quinientos y sesenta y nueve, ante el ylustre Sr. Francisco de Cuica Alcalde ordinario por su Magestad de esta ciudad y por ante mi Pedro de Mendieta Escribano Público de su Magestad, pareció presente Gómez Juares de Moscoso y presentó una petición del tenor siguiente».

Ilustre señor Gómez Juares de Moscoso y Figueroa, vecino de esta ciudad de San Salvador, y Alcalde de la Santa hermandad en ella, como marido y conjunta persona de doña Gerónima Salvago mi muger, digo, que en la santa iglesia de esta ciudad está una tabla como en archivo guardada y fue custodiada en que están asentados los primeros conquistadores de esta dicha, que son los que conquistaron y pacificaron y poblaron, la cual dicha tabla esta allí porque a los dichos conquistadores en forma de capellanía se les dice cada año, una misa con renta que para ello dejó Bartolomé Bermúdez, difunto, uno de los dichos conquistadores, en la cual estoy asentado y me tiene dada Xtoval Salvago mi suegro, padre de la dicha doña Gerónima Salvago mi muger y aunque de sus méritos y servicios esta hecha ynformación son Receptoría provición Real de su Magestad, librada en la real Audiencia de Guatemala, para más abundamiento me conviene sacar un traslado autorizado en pública forma ynterponiendo en ello Umd. su autoridad y decretó en forma para que haga mayor fée, sobre lo que pido justicia y en lo necesario está Gómez Juares de Moscoso y Figueroa.

«Presentando el dicho escrito e visto por el señor Alcalde dijo que mandaba e mandó que yo el presen-

te Escribano vaya a la yglesia mayor de esta ciudad donde el dicho Gómez Juares de Moscoso dise de estar la dicha tabla, de ella saque y dé testimonio si en ella esté el dicho Xtoval Salvago en la forma e manera que estuviere que en ello su merced ynterpone autoridad y decretó y así lo proveyó e mandó e firmó, Francisco de Cuica. Pasó ante mi Pedro de Mendieta Escribano de su Magestad.

«E luego incontinenti de la susodicho, yo el presente escribano en cumplimiento de lo mandado por el dicho señor Alcalde a lo pedido por el dicho Gómez Juares de Moscoso Figueroa, vine a esta Iglesia mayor de esta ciudad en donde en un pilar de la dicha yglesia, entrando por la puerta del perdón de ella, a la mano yzquierda en un pilar estaba dicha tabla y presenté al señor Francisco de Cuica Alcalde y Diego Faxardo, el dicho Gómez Juares de Moscoso dijo que aquella que me mostraba era la de que el pedía el testimonio, la cual dicha tabla está en ello escrito en un pliego muchos nombres y el título de encima dice asi:

Jesus María. Los conquistadores que conquistaron e poblaron ciudad de San Salvador y ayudaron a conquistar las demás provincias etz». y luego empiezan por tres hordenes de nombres que en el principio de la primera horden empieza e dice. El Capitán Diego de Alvarado, Diego de Usaya, Diego Martín y así va sucesivo y el postrero de esta orden dice Magdaleno de Herrera, y en la segunda horden empieza Antonio Hortis Antonio de Quiros y va sucesivo y en esta horden cave donde dise Gracia de Alfaro está otro nombre que dise Xtoval Salvago e luego Xtoval Hierros y acaba esta

horden Gabriel de Oviedo e Empieza la otra e dise Pedro de Pueblo, Pedro Alonso acaba con nombre que se llama Pedro de Triano y ay por todos setenta y tres nombres e no ay firma al pie ninguna, la cual dicha tabla está en la dicha Iglesia mayor de esta ciudad en el pilar de donde ya la quité presente el dicho señor Alcalde y el dicho Diego Faxardo e para que de ello conste de pedimento del dicho Gómez Juárez de Moscoso Figueroa y de mandamiento del dicho señor Francisco de Cuica Alcalde, di la presente fecho en San Salvador, a nueve días del mes de febrero de mil quinientos sesenta e nueve años, en fée de la qual fisi aquí este mi signo en testimonio de verdad Pedro de Mendieta Escribano de su Magestad».

En este documento, en el cuadro que empieza «Jesús María. Los conquistadores que conquistaron e poblaron la ciudad de San Salvador» no hay prueba de que haya sido el hermano de don Pedro, esto es, Diego de Alvarado, conquistador de Cuzcatlán en 1525 y fundador entonces de la villa y si aparece en ese Cuadro su nombre es porque fue uno de los principales el principal, en el establecimiento de 1528. Repárase además que ese Cuadro fue escrito muchos años después del traslado de la villa a su actual asiento, aún después de haber recibido ésta el título de ciudad, después de 1545, y era natural que pusieran a don Diego como el primero por su superior categoría sin que haya sido el primero en venir.

## CAPITULO VI

### Sucesos de 1528 a 1531

#### I

Ya tenemos a la villa de San Salvador fundada en la Bermuda el 1° de abril de 1528, y a partir de este momento la historia de la villa es más o menos completa y cierta por haber una documentación más precisa. Empezaré por tratar de la organización de la villa contenida especialmente en lo que resta del antiguo Libro de actas del Cabildo de San Salvador y de expedientes coloniales.

Tardaron quince días en trazar las calles, plaza e iglesia de la villa y en hacer algunas casas en qué morar, como dice Remesal. Las vicisitudes y casi desorganización porque había pasado la villa en sus tres años pri-

meros de vida había hecho comprender la necesidad de tomar medidas para evitar esos males, y así fue que don Luys Hurtado, Procurador de la villa, se presentó a Cabildo el día «Jueves a los diez y feys de abril de mcl. XXVIII», y pidió «folares para los vezinos, y le fue respondido: Que era muy bien e justa fu de manda».

«Pidió anfirmifmo ante los dichos señores: Que los tales vezinos e moradores fe afianzen e juren vezindad de manera que ni agora ni en ningun tñempo fe vaya, e aufenten defta dicha villa, ni dexten la tal vezindad por el allanamiento de Capitan alguno, ni de otra perfona que fe, ni



fer pueda y en especial las personas y oficiales que tienen a cargo mandar y regir la dicha villa. Por qué fi de otra manera fueffe, Et. (las razones, fáciles de comprender).

Y respondi6sele: «Que era justa y que se hizieffe así, y ellos mismos se ofrecieron a dar fianzas y si necesario era, jurar la dicha vezindad».

«Pidi6 afsí mismo el dicho Procurador: Que ninguna persona de los vecinos y moradores de la dicha villa, ni de otra cualquiera que sea se apofese a tierra alguna, ni exigidos, ni se entremetan a lo tomar. Porque podría ser esta causa, llamarle a proffesio della... hasta que ta'to los dichos feseños Tenie'te y Alcaldes, Justicia e Regidores de la dicha villa se lo dar a los tales vecinos e moradores».

Respondi6sele al Procurador que eso era bueno y justo, quien pidi6 se le diera testimonio, y luego se mand6 que los vecinos se asentasen y diesen fianza de vezindad.

De los primeros vecinos de San Salvador en los restos que quedan de lo actuado en los primeros años (1528 a 1531) y en uno que otro expediente de la época colonial, especialmente en el citado y transcrito anteriormente (Cap. V III) nos han quedado cincuenta y cinco nombres, de aquellos primeros habitantes de la villa, de los cuales algunos se fueron posteriormente a Guatemala y al Perú, y puede ser también que a México, y aunque el conocimiento de esos nombres no tiene gran importancia los transcribo a continuación para el curioso lector que quisiese enterarse de ellos.

Aguilar (Juan de); Alfaro (García de); Alonso (Pedro); Alvarado (Diego); Arévalo (Francisco de); Arévalo (Juan de); Arias Dávila (Gaspar).

Bermúdez (Antonio); Bermúdez (Bartolomé).

Cépeda (Gaspar de); Cerón (Pedro de); Contreras (García de).

Díaz (X); Díaz (Francisco); Díaz (Rodrigo); Docampo (Antonio); Docampo (Diego).

Figueroa (Sancho de).

García (Bartolomé); García (Santos); González (Gonzalo de) Gutiérrez de Guyñana (Pedro).

Herrera (Hernando de); Herrera (Magdaleno de); Hierros (Cristóbal); Holguín u Holgain (Diego); Hortiz (Antonio); Hurtado (Luys).

Inés (Pedro).

Jaes (Luis de).

León (Francisco de); León (Juan de); Lozano (Antonio González); Lunas o Lunar (Luis); Lyaño (Pedro de).

Martín (Diego de); Muñoz (Giner).

Núñez de Gozmán (Pedro).

Oliveros (Alonso de); Oviedo (Gavriel de).

Paez (Diego); Palacios (Antonio); Palacios (Juan); Pueblo (Pedro de).

Quintanilla (Juan de); Quirós (Francisco de); Quintanilla (Antonio).

Recino (Juan); Reguera (Antonio); Robledo (Francisco de); Robledo (Jorge); Rodas (Andrés de); Salazar (Antonio); Salvago (Cristóbal).

Triano (Pedro de).

Villalva (Alonso).

Usaya o Usagre (Diego de).

## II

De esos vecinos de San Salvador, ya sabemos quiénes formaban las

autoridades de la villa y de toda la provincia en 1528, pues constan sus

nombres en los documentos que publicamos en el capítulo anterior.

En el año 1529, eran Alcaldes de la villa, por Gorge de Alvarado, Teniente de Gobernador de Guatemala, Antonio Docampo y Sancho de Figueroa, y Regidores, Alonso de Oliveros, Alonso de Villalva, Pedro de Lyaño, García de Co'treras, Juan de Quintanilla, y Pedro Cerón; y alguacil mayor Juan de Arévalo, continuando don Diego en el cargo de Justicia Mayor hasta abril, fecha en que don Jorge lo sustituyó por don Gaspar Arias Dávila, que se presentó en Cabildo «a los 22 días de abril de Md. XXIX», presentando sus despachos, y el cual fue sustituido poco después por el Juez de Residencia Diego de Rojas, enviado por Francisco Orduña, quien había sustituido a don Jorge de Alvarado en el cargo de Teniente de Gobernador de Guatemala.

En 1530, Pedro de Alvarado, a su regreso de España y México, nombró Alcaldes a Gaspar de Zepeda y Antonio Docampo y por Regidores a Sancho de Figueroa, Pedro de Ce-

rón, García de Contreras, Cristóbal Salvago, Juan de Oliveros, y por Procurador de la villa a Alonso de Villalva, encomendanda la Gobernación de la provincia a Luys de Mascofo (Luis Moscoso).

A partir de esa fecha esas mismas personas continuaron durante muchos años como autoridades de la villa permutándose a veces.

Debemos agregar que en 1533 fueron enviados a la Costa del Bál-samo los capitanes don Pedro Portocarrero y Diego de Rojas, quienes se establecieron en Acajutla, para someter a los indios de aquella costa que se habían sublevado. Los tenientes de Alvarado entraron en choque con las autoridades de la villa de San Salvador, cuyo síndico pidió a Alvarado, y éste así lo resolvió, quedar la corporación extenta de la jurisdicción de aquellos tenientes.

Con este paso la villa de San Salvador conservaba cierta autonomía, pues no dependía de los tenientes que radicaban directamente de Alvarado.

### III

Para concluir de tratar de la organización de la villa de San Salvador, nos falta tratar de algunas medidas económicas dadas por su municipio para bien común, algo sobre los asuntos religiosos y de ciertos e importantes acontecimientos políticos que hicieron unos peligrar y otros garantizar la existencia de la villa, lo mismo que la cuestión referente a su traslado al asiento en que hoy está.

Sucedió que los vecinos de San Salvador, cuando se vieron señores de los pueblos de encomienda, ya no

querían ejercer sus profesiones, y la villa padecía grandemente por eso, y así fue que en el Cabildo celebrado el día lunes 23 de noviembre de 1528 se tomaron las disposiciones pertinentes.

«Los dichos señores mandaron a mi al dicho ecrivano (dice el acta) que fe de un pregón públicamente con voz de pregonero público. Que todos los Españoles, vecinos desta villa que oficiales fean de cualequier oficios en especial, zapateros, cortidores, carpinteros, fatters, herreros, herradores, ufen fus oficios

públicamente en esta villa, fo penas de fupenfion de los indios que encomendados tienen. E el dicho feñor Capitan mandó a mi el escriviano efftuuvieffe prefente al dicho pregon».

«Acordaron e mandaron otro fi: Que los dichos oficiales lleuen el precio figuiente por el trabajo de fus officios q'a los dichos vezinos hizieren. El fastre que lleve por hechura de un fayo de armas, un ducado e por hechura de un jubon llano, medio pefo de oro, el jubon pefpunto, que fe concierte con el oficial. E fi juere jubon de feda llano con un ribete, un pefo de oro. E por hechura de unas calzas un ducado, que fifueren de paño con fajas un pefo de oro, y por hechura de una capezuza de paño o de colchado, quatro reales, y fi hicieren otras obras extraordinarias de fufo, que se concierten con el oficial».

«El herrero, por hechura de cien clavos, dandole el hierro, un pefo de oro, y un ducado, y poniendo el hierro el dicho oficial, llene dos pefos ducado».

«El herrador por ferrar un caballo de pies y manos lleve un ducado».

«El qual ordenaron y mandaron, fegun dicho es, en preferencia de mí el dicho escriviano, e fe pregonó en esta villa públicamente, con voz de pregonero público todo la fufo dicho e firmé de mi nombre. Rodrigo Díaz».

Y posteriormente se dieron otras medidas semejantes especialmente el 20 de feptiembre de 1529, en que Diego de Rojas, enviado como juez de residencia por Orduña, impuso a

los vecinos de San Salvador el Arancel de los precios del trabajo de los oficiales de justicia y de obras mecánicas adoptadas en Santiago de Guatemala.

En el Cabildo del 21 de mayo de 1529 se encargó a Bartolomé Díaz «que cuydaffe de la limpieza y affeo de la villa» y en el día 13 de mayo de 1528 (mes y medio después de haberse establecido en la Bermuda) nombraron mayordomo de la Iglesia a Bartolomé Bermúdez (apellido que más tarde tomó nombre ese sitio).

El primer cura que tuvieron fue P. Pedro Ximénez cuyo salario se fijó en 1528, en fiento y fetenta pefos de oro en hoja de dar y tomar; mas en el 23 de abril de 1529 se le señalaron solo «ciento y quarenta», lo que le causó mucho disgusto, pues el 24 de agosto de ese año (1529) entró el cura en el Cabildo y pidió por salario no solo los 170 pefos que tenía antes sino muchos más, manifestando los alcaldes y regidores que les era imposible pagarlo así, dieron por despedido a Ximénez y pidieron otro cura a Guatemala.

En el Cabildo celebrado el once de octubre de ese año se señalaron a Francisco Hernández, Clérigo que había venido de Guatemala en vez de Ximénez «fefenta pefos de oro de esta fundicion», y el Cabildo del 15 de octubre le recibió la villa por su legítimo Cura, para que como tal les administrasse los santos Sacramentos, y duró en este oficio hasta el 17 de junio de 1530, en que se le despidió, según consta en el siguiente pasaje del acta del Cabildo celebrada en ese día.

(Continuará)

EL CUENTO SALVADOREÑO

# Sucedio Ahí...

**N**O había en el pueblo chiquilla más traviesa que María Luz. En la escuela alegre, era la que ponía con sus inocentes locuras, la nota pintoresca del desorden...; pero la maestra casi siempre la perdonaba, porque María Luz iba a la cabeza del tercer grado. Vivaz la rapaza, para aprenderse una lección, reía y brincaba como una gacela. Y es que la vida entera era una fiesta para María Luz.

Cantaba con su vocesita dulce y grave todas las canciones de moda, y bailaba ágil con su cuerpecito menudo y elástico. Tenía diez años y dos ojos inmensos, claros como el agua de los manantiales y unos labios rojos con más poesía que los más bellos hemistiquios que haya escrito el más inspirado aeda cuscatleco.

María Luz no había nacido en el pueblo, sino en una finca distante de éste pocas leguas... Carecía de madre y de hermanos la chiquilla, por lo que su padre la adoraba; pero como urgía que aprendiera algo, la llevó al pueblo y la dejó al cuidado de dos hermanas suyas, tías de María Luz.

El pueblo era de labradores, de pequeños terratenientes. Igual a todo pueblo viejo y remoto salvadore-

Por

Francisco

RODRIGUEZ INFANTE

ño: en la plaza, el amate acogedor, fraternal; la iglesia en ruinas; el caserón de la Alcaldía, enormes corredores solitarios; analfabetismo, incultura, retroceso. Un avión que cruzara el cielo del pueblo bastaba

para sacar a los patios a todos sus habitantes; mucho sol y unas noches de luna, de belleza inefable.

María Luz era la lucesita de la casa en que vivía. El cascabel sonoro, la pandereta de la inquietud, el crótalo del entusiasmo, el botón de promesas y de vida. Sus tías eran mujeres de costumbres monjiles, dos solteronas de agrios caracteres. Pero estaba ella...

Todas las noches se reunían bajo las ramazones del amate o en los corredores, docenas de niños y mujeres cargadas de años a oír los cuentos que se inventaba María Luz. Porque Lucesita —como casi todos la llamaban— era una maravilla para los cuentos y un prodigio para mentir. Mentiras inocentes, inofensivas que hacían reír a los viejos y a los chiquillos. Y todos amaban a la hembra dicharachera, deliciosa y simpática.

Así eran las mentiras de María Luz:

—Imagínense que pescando mi papá en el río, sacó un pescado de

cuatro patitas de cinco dedos cada una.

—El corralero de la hacienda mató un cusuco que tenía anteojos.

—El señor cura me escribió una carta diciéndome que me case con él.

Entonces las tías, entre risas, objetaban:

—Calla, Lucécita, estás diciendo un pecado y Dios puede castigarte.

Ella continuaba:

—A la señora Emérita se le deshicieron los ojos de tanto llorar porque la quisieron poner de Alcalde en lugar de don Rosalbo.

—Fíjense que anoche soñé que este lunar que tengo en la mejilla izquierda se me había pasado a la derecha, y ahora al despertar y verme en el espejo, me he dado cuenta de que es la pura verdad.

—La señora Cándida tenía dos hijos y después le nació otro y ya eran nueve. Adivinen...

—Asaber por qué. No podemos, Lucécita. Nos damos por vencidas. Dilo tú.

—Lo más fácil. Es qué... el último que le nació era sietío... De los dos primeros, uno se fué bien arriba, y el otro, bien abajo. Adivinen.

—Pues que... uno se murió, y se fue al cielo, y el otro también, pero se quedó en la tierra. Verdad que eso es?

—NO, no, que uno se hizo aviador y el hermano se fue a trabajar a unas minas.

Así eran las mentiras de María Luz.

Y fue corriendo el tiempo y María Luz cumplió quince años. Quince años matinales, claros como las auroras del valle, embriagantes como el vaho de las flores empapadas de rocío. Y continuó siendo María Luz la chiquilla inteligente, inquietosa;

pero su cuerpo se tornó macizo, de brazos vigorosos, y gustó vestirse de largo, con telas diáfanas y ceñírselas en abrazos estrechos.

\* \* \*

Después de la fiesta del pueblo, María Luz se puso triste, se fue quedando triste. Con cierta vaguedad en los ojos, llenos al aparecer, de lejanía. La muchachita alegre estaba enamorada. Aquel joven simpático y atrevido con sus requiebros de amor le había llegado muy hondo. No era otro que un pobre fotógrafo ambulante que andaba de fiesta en fiesta para ganarse el pan.

María Luz sin conocerlo llegó a fotografiarse a su tienda, al aire libre. Sobre una pared, un lienzo negro y ahí posaban los feriantes. El audaz fotógrafo cuando le entregaba a María Luz su repetida imagen en postales todavía húmedas por el agua, mirándola a los ojos, le dijo:

—Me queda uno de sus retratos, niña, para que me acompañe por los largos caminos de la tierra y me recuerde con inmensa nostalgia, siempre, siempre, a la única criatura que hubiera deseado amar. Yo he visto, niña divina, miles de mujeres por el mundo; he retratado miles de rostros en diversas partes; pero jamás había admirado como ahora a una muchachita con tantos encantos, ni imaginé que pudiera existir tanta belleza en un copo de gloria. Créalo, bajo mi palabra de honor, que son sus ojos los más luminosos que he visto y adivino que en sus labios hay la miel necesaria para endulzar los mares...

Ella no dijo nada; pero tembló misteriosamente y una sonrisa de ternura le sublimizó el rostro.

—Mañana, niña adorada, a estas

horas, el mismo que ahora le habla, la recordará con amargura infinita por esos caminos de Dios. Este pobre ser a quien un cruento destino le destrozó sus ensueños.

En la noche, en un baile con vitrola, el fotógrafo bailó repetidas veces con María Luz, y al despedirse le murmuró:

Yo vengo entre ocho días. Dígame sinceramente si Ud. quiere que venga.

—Venga—musitó ella.

Y quedó triste la muchachita alegre, triste con sus quince años florecidos como un jardín en mayo.

—Qué te pasa, Mariluz? Por qué estás triste?

—Nada. Si estoy alegre.

Volvió el fotógrafo y se hablaron, se prometieron y se amaron. En el pueblo se hizo público el amor de María Luz con el forastero. Y llegó el rumor hasta los oídos del padre de Lucesita. El le hizo ver a su hija las consecuencias del amor hacia el fotógrafo y la inutilidad del mismo amor. La aconsejó, la rogó que desistiera de todo, ya que era en vano.

Y Lucesita tornó a la finca de su padre, convencida de las palabras de éste, pero más enamorada que nunca, quizá... Y el cascabel de la alegría, la pandereta del pueblo, el gorgojo de entusiasmos, se volvió triste. Se hizo triste. La vida a los quince años le había asestado la herida incurable de un imposible amor... Y sólo se llevó un recuerdo, una postal, de su infinito amor... Una imagen del fotógrafo. Y ella

no se conformaría con tan poco. Ah, si su vida toda, si su corazón entero, si su sangre y su alma, pedían y exigían, no la imagen del amado hecha sombra, en un retrato, sino hecha vida en sus entrañas. Quería algo exacto y vital; quería un niño como él, porque sentía su vientre como una cámara fotográfica, para captar en nombre del amor y del dolor, su «anhelo» de mujer que vibraba en sus recónditas fuentes interiores...

Y se fue a la montaña; pero el fotógrafo llegó. Y Mariluz, plena y rotunda, se le entregó, hasta que supo que su vientre florecía en el milagro de un hijo. «Y que pase ahora todo lo que pase» pensó. «Lo amaba, he sido de él, y tendré un hijo suyo. Están cumplidos mis deseos».

El padre previsor, antes de que naciera el hijo de Mariluz, la casó con un viejo terrateniente, colindante de su heredad. Y éste aceptó el vástago que germinaba en las entrañas de Mariluz y a quien reconocería como hijo suyo.

Y como se hizo casi público el caso de Mariluz, no volvió jamás al pueblo, al pueblo aquel que había escuchado sus risas y sus bromas y donde fuera feliz, pero la felicidad había muerto para ella... Y más de algún viejo, y muchos niños del vetusto pueblo sintieron la separación de Mariluz que en su figurita gatusina y elástica se llevó la alegría... Y todavía en el pueblo sienten la huida de Lucesita que se fue como una sombra adorable por los caminos sinuosos y amargos de la vida...

BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA

# Teresa Carreño

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

A mi amigo

Juan Felipe Toruño

## "La Emperatriz del Teclado"

**N**INGUNA personalidad de la pasada generación ha sido tan grande y tan brillante como TERESA CARREÑO. Esta dinámica mujer poseía muchos dones. Fué dotada de un talento musical admirable, el que la colocó en un lugar preferente entre los pianistas del mundo. También poseía gran habilidad para hablar idiomas; además del español, que era su idioma natal, hablaba francés, italiano, inglés y alemán. Hablaba algo del idioma ruso, suficiente para darse a entender en sus jiras artísticas en Rusia.

Teresa Carreño nació en Caracas, Venezuela, en 1856, de padres aristocráticos. En 1864, la familia Carreño se trasladó a New York a donde llegaron con muy pocos recursos pecuniarios. Durante el viaje, el señor Carreño, debido a la falta de experiencia en los negocios, confió ochenta mil dólares que llevaba, a un conocido a bordo, quien traicionó la confianza del expresado señor Carreño. Como resultado de este incidente, la carga de sostener a la familia sobrevino sobre los hombros infantiles de Teresa. El talento musical de Teresa fué notado en ella desde muy temprana edad; cuando contaba solamente ocho años de edad, Teresa era ya un competente y notable pianista habiendo recibido muy buenas bases musicales dadas por su mismo padre. En tan temprana edad de ocho años, ejecutaba per-

fectamente y en el aire vivaz, «Los Estudios de Cramer» transportándolos a diferentes tonalidades, lo mismo que «Los Preludios y Fugas de Bach».

Cuando Teresa contaba diez años de edad, el Presidente Lincoln pidió que la niña fuese a tocar a la Casa Blanca. Desgraciadamente la petición del Presidente no fué muy bien acogida por la niña, que en esos momentos estaba entretenida jugando con un niño en el Hotel. De manera, pues, que el señor Carreño tuvo que llevar a Teresa contra su gusto para que tocara al Presidente. Al llegar al salón, Teresa se sentó al piano, que era un Steinway de concierto, recorrió el teclado y dijo que nadie podría tocar en semejante piano; pero una mirada de su padre impuso silencio a la niña. El Presidente fué muy amable y trató de conquistarse la confianza de la niña. Le dijo que tocara una cosa sencilla porque él era un hombre que no tenía conocimientos musicales. Seguidamente la pícaro niña empezó a ejecutar un Preludio y Fuga de Bach, de lo más serio que hay en EL CLAVICORDIO BIEN TEMPLADO. Cuando concluyó la ejecución, el Presidente dijo que era muy lindo lo que había ejecutado, pero que él no podía entenderlo. Continuó el Presidente, que él solamente conocía dos canciones, siendo una de ellas «El Zensontle», agregando que le rogaba

tocar la expresada canción. Teresa asustada por las miradas que le dirigía su padre, contestó al Presidente que tocaría la canción pedida. En seguida, la pícara niña comenzó a ejecutar unas Variaciones sobre la canción «El Zensontle», variaciones que ella misma improvisó enteramente al oído y que fueron tan largas que la niña no cesó de ejecutar hasta que el cansancio le obligó a suspender la ejecución. Durante los primeros años en New York, Teresa estudió con Gottschalk. Cuando Teresa contaba quince años, la familia Carreño se trasladó a París, donde Teresa continuó sus estudios musicales con Mathias, a quien Teresa decía deber su virtuosidad en el piano. Mathias fué discípulo de Chopin.

Cuando Teresa contaba diez y seis años fué invitada para tocar delante de la Reina Victoria. La idea de tocar un programa delante de tan ilustre Soberana, no preocupó en lo más mínimo a Teresa; pero ella tenía pánico por la idea de tener que usar por primera vez, un vestido largo cuando daría el concierto. Teresa fué hábilmente ensayada sobre la manera como debía aproximarse al trono a saludar a la Reina; la manera de hacer la cortesía a la Reina; la manera como tenía que regresar al piano, y la manera como tenía que arreglar su vestido al sentarse al piano.

La tarde elegida para la ejecución en Casa Blanca llegó; el saludo, cortesía y el regreso al piano fué ejecutado satisfactoriamente; pero después de hacer la segunda cortesía, Teresa, ocupada en arreglar su vestido siguiendo estrictamente las instrucciones dadas anteriormente, no vió bien el asiento y ¡ay! sin ninguna ceremonia se sentó en el suelo.

Teresa se puso furiosa, pero mostró a la reina que era capaz de tocar brillantemente el piano, aunque no estuviera acostumbrada a manejar un traje largo y el programa ejecutado redimió el accidente. Al concluir el programa, la Reina felicitó calurosamente a Teresa agregando que rogaba a la niña decirle qué deseaba como regalo por su magnífica ejecución. La Reina le preguntó a Teresa si quería un reloj, un pendiente o un anillo. Imaginaos el asombro de la Reina cuando Teresa prontamente replicó: «¡Oh, Majestad, prefiero tener el dinero!» La carga de sostener a su familia que pesaba sobre la niña fué probablemente la causa de la respuesta que ella dió a la Reina. Después de este incidente en Casa Blanca, una amistad íntima se desarrolló entre Teresa y la Reina que duró hasta la muerte de la Reina Victoria.

Cuando Teresa contaba diez y siete años, contra el gusto de sus padres, contrajo matrimonio con el violinista Emilio Sauret. Como Teresa misma lo expresó, no sentía amor por Sauret; dijo que se había unido a él por el temor de que Sauret cometiera suicidio, como había dicho que haría, si Teresa no se casaba con él. El resultado fué inevitable. Después de un año, una hija nació en Inglaterra; cuando la nena tenía tres días de edad, Sauret huyó llevándose la nena a quien puso bajo el cuidado de sus dos hermanas en Alemania. Como la nena legalmente pertenecía a Sauret, Teresa no pudo hacer nada por recuperar a su hija. Un divorcio siguió y por muchos años Teresa expresó que había terminado de ver hombres, que no pensaría en casarse nuevamente. Teresa no vió a su hija durante treinta y seis años. Cuando por fin se encon-



traron madre e hija, ésta ya estaba casada con un oficial del ejército alemán.

Durante los años que siguieron inmediatamente después del divorcio de Teresa y Sauret, Teresa adquirió gran fama y tuvo magnífico éxito como pianista; su fama como gran virtuosa del piano creció rápidamente. Teresa estudió un tiempo con Anton Rubinstein, quien estaba asombradísimo por la gran memoria de Teresa Carreño. Ella tocó la Fantasía Húngara para piano y orquesta, con la orquesta Lamoureux en París después de haber tenido un corto ensayo en la mañana del día de la audición y teniendo nueve años de no repasar la expresada composición.

A la edad de veinte y tres años, Teresa conoció a Giovanni Tagliapietra, talentoso cantante que era muy simpático. Teresa se sintió enamorada. A despecho de muchas vicisitudes, este matrimonio duró diez y seis años. El señor Tagliapietra era el Tenor Director de la Compañía de Opera Mapleson, que estaba compuesta de grandes elementos artísticos de la época. Adelina Patti era uno de los miembros de la expresada Compañía de Opera.

Los Tagliapietras vivieron en New York; ellos hubieran prosperado si no hubiera sido por la fascinadora propensión del tenor hacia el juego. Todas las alhajas que sus admiradores habían dado a Teresa, incluyendo los regalos de Soberanos de Europa, todos desaparecieron de uno en uno para pagar las deudas del espeso jugador.

Dos niños sobrevivieron: Teresita y Giovanni. Teresita poseía don musical aún más grande que el de su madre; y era también igual a su madre: muy hermosa; pero ella nunca

llegó a ser la artista que su talento prometía. Giovanni fue un violinista muy inteligente. Cuando contaba diez y ocho años de edad, era el primer violinista de la Orquesta Filarmónica de Berlín, bajo la dirección de Nikisch. Más tarde, Giovanni dejó el violín y se dedicó a cantante en una ópera italiana.

Durante su permanencia en New York, los Tagliapietra eran vecinos de la madre de Edward Mac Dowell, con quien cultivaron estrecha amistad. Edward Mac Dowell era un niño en aquella época y recibió lecciones de piano con Teresa Carreño. Mac Dowell era un niño americano que le gustaba la música, pero que detestaba el estudio; estaba indeciso si ser músico o escritor. En una ocasión, el niño Mac Dowell exasperó la paciencia de Teresa Carreño. La señora Carreño había ordenado al niño Mac Dowell estudiar y memorizar un «SCHERZO» de Chopin. El niño, no cumplía ni obedecía la orden de la maestra Carreño, y ésta le dijo que ella misma iba a estudiar el referido «SCHERZO» y que él (Mac Dowell) debía tenerlo estudiado y memorizado para la noche de ese día. «Si yo tengo listo el «Scherzo» para esta noche», continuó la señora Carreño, «y usted no lo tiene estudiado y memorizado para la reunión que se verificará en su casa esta noche, daré a usted un beso...» Llegó la noche de la reunión en casa de la madre de Mac Dowell; cuando el niño Mac Dowell oyó la voz de la señora Carreño, huyó por toda la casa para evitar que la señora Carreño cumpliera su ofrecimiento de darle un beso. Pero la señora Carreño persiguió al niño por toda la casa y logró cogerlo en el sótano de la casa donde cumplió su ofrecimiento de darle el beso que le había

ofrecido si no estudiaba. Como el niño no cumplió con su deber, la señora Carreño le dió el beso del castigo.

El matrimonio entre Teresa y Tagliapietra llegó a su fin; Teresa llevó a sus niños a Berlín, donde comenzó de nuevo a sobresalir como pianista. Entonces llegó a Teresa una invitación para tocar con la Orquesta bajo la batuta de Nikisch. Cuando el Comité preguntó a Teresa Carreño qué obra tocaría, ella contestó: «El Concierto en La Menor de Mac Dowell». Seguidamente fué informada que el Comité no permitía que ejecutase un concierto de un compositor americano desconocido. Aunque temiendo disgustar a los miembros del Comité, Teresa replicó: «Tocaré el Concierto de Mac Dowell o no tocaré». Sus deseos fueron complacidos, ella ejecutó el Concierto de Mac Dowell. La mañana siguiente todos los periódicos aclamaron ruidosamente la excelente ejecución de una obra escrita por un artista americano.

Una noche Teresa ejecutó el «Concierto en La Menor de Grieg» con la orquesta Gewandhaus de Leipzig. Cuando concluyó la audición, Teresa encontró en su cuarto de vestirse, a un modesto hombrecito, quien besando las manos de Teresa, dijo: «Señora, mi nombre es Grieg. Hasta que usted ejecutó mi concierto comprendí que yo había creado una belleza».

Teresa vivió un tiempo en un hotel de familia en Berlín, donde era muy visitada por músicos célebres. Fué entonces que Teresa conoció a Eugen d'Albert, quien se enamoró de Teresa y amenazó con suicidarse si Teresa no lo admitía. Como resultado, Teresa sucumbió y el matrimonio entre Teresa y Eugen

d'Albert se llevó a cabo... Teresa y d'Albert vivieron juntos como dos años. Durante ese tiempo, ellos dieron una serie de conciertos a dos pianos, práctica completamente nueva en aquella época. Desgraciadamente, Teresa recibía más aplausos que su esposo de manera que no tenían vida muy tranquila. Dos hijas nacieron de este matrimonio: Eugenia y Herta. Cuando la segunda hija era un bebé, d'Albert huyó con una cantante de ópera.

En seguida llegó para Teresa la verdadera felicidad. Varios años después del episodio de d'Albert, apareció en escena Arturo Tagliapietra quien agradó mucho a Teresita y a Giovanni.

Berlín era en aquella época el gran centro musical. Artistas prominentes y notables maestros vivían allí; entre ellos se encontraba Godowsky, Busoni, Jonas, de Motta, Arturo Schnabel, Philipp y Javier Scharwenka y muchos otros. Madame Carreño tenía gran fama como maestra de piano y era una de las pocas artistas que tenía gran amor y vocación para enseñar.

A despecho de tener tantos deberes domésticos, penas y decepciones, nunca descuidaba su arte. En efecto, su energía y las numerosas simpatías de que gozaba se debían a su arte. Su piano era el consuelo que tenía, como ella misma lo decía. En el invierno de 1906 a 1907, Teresa estaba en Berlín; allí ejecutó brillantemente el Cuarteto Bohemio del Quinteto de Sinding; después ejecutó en New York el glorioso Concierto de Tchaikovsky con la Orquesta Filarmónica. Durante la guerra europea, Teresa se encontraba dando conciertos por toda Europa. En 1917 se encontraba en Cuba dando conciertos; pero su jira de arte fué inte-

rrumpida por haberle atacado repentina enfermedad. Los médicos aconsejaron al esposo de Teresa regresar inmediatamente a New York donde ella y su esposo tomaron un apartamento en Riverside Drive. En la ciudad donde fué reconocida y re-

compensada su virtuosidad pianística y donde había sido tan admirada desde niña (New York) fué elegida por ella para pasar los últimos días de su vida. Teresa Carreño murió el 11 de julio de 1917. Poseía alma muy grande.

(Traducción de V. Durán de Arango.)

*Los Que se Van*

## General José María Peralta Lagos

**E**L veintidós de julio de este año dejó de existir el Ingeniero y general José María Peralta Lagos, hombre que durante su vida supo mantener limpia su hoja de servicios, en alto su dignidad cívica y en gallarda apostura el perfil de su altura intelectual.

Ya en diferentes ocasiones nos ocupamos de este alto hombre de letras. Ahora no hacemos más que recordarlo, rindiéndole tributo de reconocimiento a su señorío intelectual.

En busca de salud fue a Guatemala. Por medio de una intervención quirúrgica se le quiso salvar la existencia; pero fué imposible. Su edad y sus achaques imposibilitaron la acción científica y en esa forma, quien había sido un alto exponente de la intelectualidad salvadoreña y centroamericana, pasó a mejor vida en un 20 de julio.

A sus restos se le tributaron los

honoros merecidos por su rango militar, rango obtenido en fuerza de conocimientos y de prácticas.

Como decimos, ya en otras ocasiones nos hemos referido al General don José María Peralta Lagos. Merece él más, mucho más, que esta nota escrita así ligeramente; pero con todo el aprecio que mereció el que ya mora en la eternidad.

Durante su permanencia en el



ATENEO DE EL SALVADOR, su tarea fué árdua y constante y tanto, que en 1937 se le concedió la más alta condecoración del Instituto, el OLLIN DE ORO. Y ya antes se le había dado una recepción en premio a obras que publicara.

Deja dentro de la bibliografía nacional obras de valimiento, con fuerte sabor castellano, pues que le agradó el donoso decir, la expresión correcta dentro de la que ponía el picor de su ingenio. Hombre de honor puesto a prueba, iutelectual fogado

en las luchas de la vida, ciudadano digno, su viaje enlutó muchos hogares.

El ATENEO DE EL SALVADOR, que lo contó entre sus miembros más conspicuos, al recordar al ilustre desaparecido, patentiza su condolencia a la honorable familia del extinto, en particular a doña Hortencia Salazar viuda de Peralta y a sus hijos, don Antonio Peralta, José María Peralta Salazar, Hortencia Peralta de Acevedo y señorita Margoth Peralta, así como a los hermanos del extinto.



## Datos Biográficos

Del General e Ingeniero

Don José María Peralta Lagos

*Domicilio:* San Salvador, 2a. A. Nte. No. 67.

*Fecha de Nacimiento:* 1873 - Nueva San Salvador.

*Profesión:* Ingeniero - Constructor y Agricultor.

*Cargos:* Director General de Estadística en 1942.

Cargo anterior de - Ing. de la Junta de Fomento (1910); Subsecretario de Fomento (1911); Ministro de la Guerra (1913); Director General de Obras Públicas (1933); Ministro de El Salvador en España (1927-30); Enviado extraordinario a México (1932); Subdirector de la Escuela Politécnica (1901); Decano de la Facultad de Ingeniería y Vicerrector de la Universidad (1931); Asistió en 1929 al

Congreso Oceanográfico, en Sevilla.

*Afiliación:* Correspondiente de la R. A. C. de la Lengua Española.

Id de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

*Educación:* Grados - Teniente de Ingenieros de la Academia Militar de Guadalajara, abril de 1897 - General de Brigada en Agosto de 1913.

*Instrucción:* Estadística.

*Publicaciones:* (Literatura) En defensa del idioma; Burla Burlando; Brochazos; Doctor Gonorreitegorrea; «Candidato» «La suerte de la tórtola»; Masferrer Humorista; Conferencias y Discursos.

*Falleció:* el día 22 de Julio 1944 en Guatemala.

# ¿Quién Hizo el Credo?

Por J. María Peralta Lagos.

¿Qué duda cabe? ¡Los Apóstoles!

Pero a propósito de esto voy a referir algo que tiene gracia, pero me van a permitir atravesar el charco grande, o sea el «Ponto inmenso, tenebroso», como le llamó el poeta Quintana, y tocar tierra en la Patria Madre, la España inmortal.

Todos los que hayan leído el Quijote recordarán la regocijante historia de los pueblos del rebuzno, y aquello de:

«No rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde».

Quiero decir que estas ingeniosas bromas son tan viejas que se han repetido muchas veces, y aún subsisten.

Entre Guadalajara y Madrid hay varios pueblos, uno de ellos la histórica Alcalá de Henares, donde vió la luz el Manco inmortal.

El segundo, yendo para Madrid, es Meco, famoso por su bula,— yo creo que le han quitado una erre —y los ilustres pueblerinos se enojan cuando los trenes paran allí y los pasajeros de buen humor preguntan a los paletos que siempre hay en el andén de la estación: ¿Y la bula?

—¿Y tu madre?— contestan aquellos indefectiblemente.

Ya en la provincia de Madrid, para el tren en Torrejón de Ardoz.

El conductor grita: — ¡Torrejón! ¡Dos minutos!

Y los pasajeros dicen en coro: — ¡No para más, porque son muy brutos!

Esto o muy parecido ocurre por toda la península.

Pero vamos a lo de «quién hizo el Credo».

\*\*

Móstoles es una célebre población = villa o ciudad situada al suroeste de Madrid, sobre la carretera de Extremadura, que es la misma de Lisboa.

La celebridad le vino al dicho pueblo porque el año de 8, cuando la invasión francesa, el montecilla que estaba de Alcalde fué el primero en declarar la guerra a Napoleón, lanzándose al campo con una docena de valientes mal armados, pero que tenían bien puesto el corazón, y otras cosas muy grandes...!

Mas la fama ya la tenía por lo del Credo.

Los curas, en España, cuando confiesan a un palurdo, sobre todo si es gitano, toman la precaución de preguntarles algo de la Doctrina, y... escuchan cada monstruosidad! (1)

Por eso, los que van a ello, suelen llevar un *apuntador erudito* que se arrodilla lo más cerca posible.

Se confesaba un barbarote, y el cura le soltó la pregunta de—¿Quién hizo el Credo?

(1) -- El archifamoso Canónigo Don Juan Nicasio Gallego, sabía muchas anécdotas de confesionario, recogidas personalmente casi todas. Ya hablaré de él un día.

El penitente calló y el apuntador le dijo por lo bajo:—«Los apóstoles».

Oyó mal el otro, y contestó:—«Los de Móstoles».

Pues bien, el cuento siempre está fresco, y no hay ciudadano del pueblo que lo escuche sin perder la cabeza, o la calma, al menos.

Conocí en Guadalajara a una señora anciana, de Loranca de Tajuma, que respondía al nombre de Salvadora Peralta, —que casualidad— amiga de mi patrona Doña Matea.

Echaba las carfas, y era viuda de uno de los últimos Correos de gabinete de la primera mitad del siglo XIX. Cuando no iba a Roma, le mandaban a Lisboa. Viajaba a caballo, naturalmente; y en cada pueblo en la Alcaldía le daban un espolique o acompañante, que a pie iba hasta la población inmediata, y no echaba los bofes por milagro. El Correo —llamémosle Don Manuel— intimó así con un espolique del pueblo de Móstoles, a quien llamaremos Perico o sea Pedro.

En un viaje,—quizás el último—, se le ocurrió hacerle una broma.

—Oye, Perico,— dijo Don Manuel,— ¿te enojarás si te hago una

pregunta?

—¿Cómo? ¿Y por qué hei dinojarme, señorito? Pregunté su mercé lo que quiera...

—No! piénsalo primero. Te puedo preguntar algo que no te agrade.

—Manque me pregunte si mi madre está en los infiernos, le juro que no me enojaría. Andelé, y pregunte.

—Bueno. ¿Lo has pensado bien?

—Sí, señor: que ya me impaciento...

—Perico; ¿quién hizo el Credo?

Como si le hubiera mordido una víbora, la respuesta fué un respingo rociado con ajos y cebollas.

—Rodiez! ¡Nunca creí que fuera su mercé tan hijo... de su madre! Y hasta aquí llegamos, y se acabó la amistad... ¡Y vaya usted con Dios o donde el dimonio...!

Y Doña Salvadora reía a carcajadas mostrando dos colmillos, únicos huéspedes de aquella boca venerable, y nosotros, los de tertulia, le hicimos coro. ¿Verdad que tiene gracia la historia?

¿No se la hallan ustedes?

Pues yo sí, y perdonen. Yo refiero lo que vi y oí.

Y nada más.

# Hemos Pasado el RIO

Por José Lino Molina

**T**U Y YO, esposa mía, nos embarcamos en un débil esquife, sin pensar en los pocos elementos de que disponíamos para la navegación y en los escollos que habían de impedir el paso a nuestra pequeña nave.

Sólo contábamos para la lucha con nuestra juventud; el porvenir incierto se alumbraba con la luz de nuestro amor, que era grande en nuestros corazones.

Y tomamos el camino sin fiar en nada, ni siquiera en la fuerza del destino en el cual no fijábamos la mirada, porque ignorábamos que existiera.

Fuimos impulsados por un motor interno y nos aproximábamos el uno al otro, para fundir nuestras dos vidas y nos dejamos llevar por la corriente, cuyas orillas opuestas no percibíamos, aunque a ellas tendíamos la ruta.

Y como los aventureros que no tienen un derrotero determinado, pero que esperan que el acaso les depare una isla desconocida y otra y otra, donde la vida presente un objetivo y así, en una cadena continua con sucesos eslabonados, el espacio abre sus velos sin que el límite se perciba, nosotros emprendimos la jornada.

Antes de disponer de la navecilla, cuando tú y yo nos éramos mutuamente desconocidos, vivíamos lejos el uno del otro, sin sospechar que existiéramos; pero en el fondo llevábamos el caudal de sentimiento que un día debía unirnos, para siempre y cediendo a su fuerza atractiva, incontrastable nos íbamos aproximando.

Tú, como una roca de imán, fija en un punto de la costa y yo como el cuerpo de acero que toma el rumbo hacia la órbita

de su atracción, nos íbamos juntando poco a poco; entré en la zona de tu influencia y sufrí desde el primer momento la de tu ser sobre el mío.

Poco tiempo se necesitó para que la unión fuera sensible, la fusión se realizó, porque las causas las llevábamos los dos.

Y nada nos pudo separar; estábamos unidos por el destino y sólo faltaba que las fórmulas sociales se hicieran efectivas para que nuestra cohesión se sellara con los ritos establecidos, a lo que condescendimos obedeciendo gustosos a tan blanda obligación.

Y nos desintegramos de los núcleos a que habíamos pertenecido, como las células de la célula madre

A ANGELITA

*en su cumpleaños*

y autónomos, tomamos el esquife que ante nosotros apareció y nos echamos a la corriente, felices por la simpatía que nos uniera y que seguía influyendo en nuestras existencias.

Y el esquife bogó con los dos a bordo; aprendimos a remar, a poner las velas y a manejar el timón, después de muchas dificultades que fueron siendo vencidas una a una y todo pasó a ser hábito nuestro para dedicar nuestra inteligencia a lo imprevisto que iba surgiendo; y luego, como la túnica inconsútil de Cristo, la vida se fué ensanchando en el tiempo y el espacio y vimos el primer fruto de nuestra cohesión.

Y fuimos tres; y los dos nos consagramos al cuidado del tercero, que era carne y hueso de nosotros mismos, para afirmar más aun nuestra amalgama. Y los frutos se multiplicaron y nuestra unión no se rompió, perduró, porque el motivo, nuestro amor, siguió en nuestros corazones.

Y por cuarenta y cuatro años, yo con el timón en la mano y tú siguiendo los cambios atmosféricos, hemos bogado hasta llegar, por fin a la otra orilla, donde nos encontramos, aún con ánimos.

Mucho apercibimos en el trayecto y mucho dejamos en él. El arbolito que éramos cuando abandonamos la tierra firme, creció, floreció, dió frutos y llegó el momento fatal de la esterilización, del agotamiento y amenazando caer por falta de savia, aún se sostiene, pero sabe que únicamente para que un próximo día caiga y con su masa continúe la fertilización de la tierra que un tiempo, largo, lo sostuvo y le dió vigor para alimentación de otros seres.

Dejamos en el trayecto la juventud, la virilidad, la carne que fué músculo curvado, dando lugar a an-

gulosidades que marcan los huesos y los surcos de la piel, sin materia mórbida.

Apuramos todas las ilusiones, gastamos todos los sueños, derrochamos todas las esperanzas, sin que el ideal que, como la estrella de los reyes magos nos marcó el derrotero, se convirtiera en felicidad en ningún tiempo.

Los vástagos que salieron de nuestros tallos, también se alejaron en su esquife, en busca de lo que nosotros no hallamos en nuestra peregrinación, se fueron a aventurar, procurando una orilla propicia y en ella en puerto seguro.

Como nosotros se rendirán al tiempo, les faltará el espacio y entrarán fatigados en la oscuridad, de donde salimos para juntarnos.

Nos guió una estrella, pero su luz dejó de alumbrarnos sin que supiéramos qué se se hizo.

Su luz fué la dicha lejana, que siempre se mantuvo en lontananza, como el arco iris con la magia de sus colores.

Lo que no se ha perdido es el ansia de dicha, de felicidad.

Ni yo puedo ofrecértela ni tú puedes dármela; en el camino consumimos todo lo que fué factible; tú me cediste todo lo que tenías y yo a mi vez te doné en abundancia todo lo que disponía.

No estuvimos exentos de disgustos, los apuramos; pero por ellos no se rompió nunca nuestra unidad, cadena de seda que ató nuestras dos vidas, que se decoloró, se le rompieron hilos, conservándose con algunos remiendos que acuciosamente les hicimos.

No somos ni el recuerdo de lo que fuimos en lo físico; quien nos viera después de habernos dejado de ver desde el principio, no nos reconoce-



ría por las efigies que les presentáramos. Somos los mismos y somos otros.

Así como desaparecieron los atributos de la juventud, que sirvieron para juntarnos y atarnos en lazo indisoluble, desaparecieron los secretos que mediaron entre los dos y que pudieron ser causa de ocultación de defectos.

Disminuyeron las cualidades y aumentaron las faltas. Aquellas minucias que se traducían en atenciones y modos de quedar bien, se gastaron y en cambio el mal humor, el tedio de los quebrantos, hace su maleficio, siempre que pueden agrian-do el vivir.

Hay motivos para enrostrar errores que son otras tantas faltas y hasta el olvido de lo que fuimos pone su nota de vacío en nuestras existencias.

El amor, aquella vehemencia de estar juntos, ¿en qué se convirtió? Existe, no ha desaparecido, pero tiene sobre sí una capa de seguridad que se trueca en indiferencia, con la posesión incondicional y la no necesidad de hacerse sensible.

No ha desaparecido, está ahí, fuerte, sincero, un tanto velado. Sin ilusiones, sin horizontes, si no son los de la tumba que en su estrechez encerrará en no muy lejano plazo estos dos cuerpos que tanto se estrecharon en el prolongado discurrir por la corriente de este río turbio que es la vida.

Estamos uno y otro a la espera de la visitante indeseada, pero que llega siempre bienhechora, para nivelarlo todo, para remediarlo todo, la injustamente temida *Muerte*.

Pero diáfanos, purificados en los mutuos trabajos, los espíritus se elevarán a las excelsitudes de lo que, a pesar de todo, seguimos llamando cielo.

*Hemos pasado el río* y, sin embargo, no hemos hallado la sombra plácida de un árbol frondoso y acogedor que nos cobije; pasaron nuestras inquietudes por nuestra prole, pero han venido las de nuestros hijos y continuamos en la brega. Hoy no estamos ligados por la necesidad, pero nos ata la devoción que es tan fuerte si no más que la primera y seguimos uncidos al yugo amarrado a nuestras frentes con coyundas de amor, indestructibles, por ser voluntarias y no se desea romper.

Ni nosotros ni ninguno de nuestros hijos amasamos fortunas, la suerte en ese sentido se mantuvo huraña y no pudimos emanciparnos del trabajo cotidiano de escasa remuneración y que apenas nos da para el sustento y lo más urgente para vivir. Dejamos el esquiife y acostumbrados al medio flotante de la superficie movible, nos movemos como si estuviéramos embriagados.

Tiempo es ya de que el reposo llague; pero ¿cómo lo conseguiremos? No me refiero al reposo de la tumba, tenemos derecho al de la tierra, antes de irnos para siempre de ella. ¿Y en qué forma lo tendríamos? Una sería si pudiéramos despreocuparnos de todos los menesteres caseros; si hubiera una mano fuerte y amorosa, segura, interesada que supliría nuestra labor y que, constantemente atendiera a nuestras necesidades y los dos pudiéramos de tal modo, entregarnos sin cuidado, a lo que más nos placiera: divertirnos, cultivar relaciones, comunicar nuestra tranquilidad a los que nos rodearan.

Pero todo se malograría, si hubiéramos de seguir pendientes de la vida que hacen nuestros hijos con sus hijos y si bien gozaríamos con lo

*Pasa a la pág. 32.*

# Un Libro Acerca del Folklore

**H**A circulado profusamente un hermoso volumen editado por el Ministerio de Instrucción P. contentivo de una recopilación de materiales aportados por la Comisión del Folklore en El Salvador.

Esta Comisión fué fundada en 1941. Bajo la Presidencia de doña María de Baratta ha venido funcionando eficientemente y cada uno de los integrantes de la comisión, don Francisco Gavidia, presbítero Luis Nieto, señorita Emma Posada,

Dr. M. García Villa, Sra. de Muñoz Ciudad Real y el Prof. Adolfo de J. Márquez quien actúa en la Secretaría, se ha interesado en llevar a cabo la obra que tan elegantemente impresa salió de los talleres nacionales.

En este volumen como de cuatrocientas páginas, están: desde los decires, adagios, juegos de manos, juegos infantiles, canciones y demás pasajes de la tradición, hasta el estudio hecho acerca de lo que ha sido es y lo que significa el folklore que ha devenido, en orden activo y sistemático de los investigadores, en ciencia.

Instrucción Pública se puso en el lugar propio que le conviene a un país que quiere divulgar el conocimiento. En este aspecto llena una de sus funciones y se aprecia la forma en que este sector marca el rit-

mo de un adelanto hacia lo verdaderamente efectivo en los lineamientos del saber, de la educación y de la cultura que se mueve educacionalmente.

La Comisión folklórica ha dado ya una prueba de lo que es llevar a práctica una constante labor. El Ministerio estimuló esa labor y publicó el producto de ella. Muy bien.

En lo que corresponde al folklore, en lo que en sí es y lo que proyecta para la enseñanza, tiende a desente-

rrar lo que ha estado en las capas emotivas populares, lo que se ha venido formando a través de la sensibilidad de los seres que, desde antaño, escarbaron en sus sentimientos y ambientes en que enraizaron gestos, frases y decires, para demostrar una actitud, para significar una pasión, para recorrer un camino de superstición o para arrullar con cantos el cuerpo de un suceso.

Hemos sostenido que el folklore es medieval y que es idéntico en todas partes del mundo. Así es. Corre la gama emotiva, el filo de un presagio, la aleación de signos supersticiosos y se marca en cada pueblo la fisonomía adaptativa.

El Folklore en América llegó de España, de Portugal, de Francia, de Inglaterra, a los países que se desarrollaron al influjo de sendas colonizaciones. Entró por las quillas de

*— Por Juan Felipe Toruño —*

# en El Salvador

los barcos y erró de clima en clima despertando, también, la sentimentalidad propia, como puede apreciarse ya en algunas expresiones demopédicas de origen americano.

En Haití, Cul-De Sac es venero propicio para el folklore. Se afiló el decir galo en el gesto de esa porción antillana, revuelto con el moro en la disposición étnica. De ahí se sacó el folklore que —aunque tiene pigmentación aborigen con los areytos— que también son mexicanos— expone la sentimentalidad popular. En Brasil se arraigó el conceto y adagio portugueses. En Estados Unidos el filamento inglés y en los otros países de América la hervorosidad española que se mezcló con la melancolía, hurañez y mutismo del indígena.

La demopedia (arte del pueblo) expresión popular, ya lo hemos sostenido también en otras ocasiones, es casi la misma en cualquier parte del mundo. Mismo viraje a la sencillez. Mismo arranque expresivo. Mismo acento triste en los cantos e idénticas conformaciones en la reforma cambiando frases únicamente para hacerlo más de cualquier ambiente nacional.

Y de acuerdo con quienes se han dedicado mayormente en América al esculcamiento de estas filonomías populares que definen posiciones, todo es medioeval. Y casi todo es, atlante en lo que corresponde a lo supersticioso y embrujo.

Recordamos, precisamente para ver cómo varían las palabras, de

aquella canción demopédica que en este libro que leemos está con diferentes vocablos:

¿De onde venís zopilote  
con la cabeza amarrada?  
Vengo de las Piedras Gordas  
que me han dado una pedrada.

(Piedras Gordas: una hacienda fronteriza a Costa Rica).

Cuando comenzaba a expandirse por América el idioma inglés, como proveniente de Estados Unidos, salió por ahí, tomándolo de otro, el siguiente canto folklórico:

Yo tenía un mi loro pelón  
enseñándole hablar el inglés,  
Y yo le decía yes,  
y el contestaba gurmón.

Chocoyito real  
para Portugal,  
vestido de verde  
y sin medio real.

De seguro, esta última estrofa es del folklore procedente del Brasil, por la cita y el viaje a Portugal.

No pueden olvidarse aquellos tiernos versos, cánticos dulces con que las madres duermen a sus niños, de español legítimo:

San José y la Virgen  
se fueron al río,  
a lavar pañales  
del niño querido.

La Virgen lavaba,  
San José tendía,  
y el niño lloraba  
del frío que hacía.

El Pitero, es un canto que va de una a otra región en calcomanía de oportunidades. La mano peluda (aquí en El Salvador y pachona en Nicaragua) tienen sus diferencias en la formología, si pudiera decirse:

La mano pachona  
se viene y se va,  
se viene y se va  
la mano pachona.

Ques lo que conviene,  
la mano pachona  
que se va y se viene  
la mano pachona.

Nadie la retiene  
porque viene y va,  
que se va y se viene  
la mano pachona.

Sobre los silencios de las campiñas, allá en un cerro que se teñía de colores a la hora de los crepúsculos y en tanto que el mar lejano era bruñida hoja de lata y una evocativa serenidad invadía con tristeza de quien sabe qué embrujo milenarío y la luna aparecía asomándose al este tras de otro cerro que centinleaba en la cordillera y el sol se hundía tras de la hojalata marítima en occidente, la madre cantaba al niño que tenía en su regazo y señalando a luna y sol:

Allás tá la luna  
comiendo aceituna,  
allás tel sol  
bebiendo pozol,  
allás tá la virgen  
en su corredor  
cosiendo la capa  
de Nuestro Señor.

Aquí está, precisamente la reminiscencia que surte a las almas de recuerdos.

En el aspecto peculiar del arte del pueblo, arte puro si es que nos debemos atener a lo que es aquello que no se ha entremezclado con los afeites de una retórica pulimentadora, el folklore desempeña una función psicológica porque toca los sentimientos ancestrales los despierta y los pone a jugar dentro del acondicionamiento emotivo que va en busca de un mañana.

El dulce (panela) el garrote, los perros, el río, el cielo, las frutas, la sombra y los decires, todo se conjunta en un cuerpo de atracciones en donde está la palpitación de esa alma popular.

Hay en Nicaragua un canto que se produce hipeando, como para patentizar una actitud con la expresión e impresión fonética. Es un canto que se llama TOMATUMUÑECA.

Que siso la iguana  
tomatumuñeca,  
se fue con la rana,  
tomatumuñeca,  
que siso (aquí el nombre de  
una mujer o el de un hombre)  
tomatumuñeca,  
Corre el viento y vuela  
tomatumuñeca,  
si acampa y desvela,  
tomatumuñeca, etc.

¡Y aquellas dianas de cornetas que irrumpen en las madrugadas cuando el soldado da su alerta desde el sitial de su clarín! Es entonces que se recuerda una tonada:

Mañanitas, mañanitas,  
mañanitas del placer.  
Así estaban las mañanas  
cuando te empecé a querer.

Lo cierto es que zambulléndose en esa poza de pasados que están ahí en un sol de tierra y viento, de fuego y sombra, de lágrima, suspiro y

sumisión, la popular entraña salta por entre los pliegues del agua, nos baña y nos dice: Esto fué ayer. Esto es hoy. Esto será mañana.

### *Versos Campesinos*

Desde el momento en que te conocí,  
Vide en tus ojos la luz de un farol,  
Y dende entonces digo yo entre yo:  
Esta mi vida no se escapará.

Yo te escribido, no me has contestado,  
Y así has pagado todo mi amor.  
Y dende entonces digo yo entre yo:  
Esta mi vida no se escapará.

El amor que te tenía  
Lo dejé en la casa.  
Envuelto en una tusa  
Encima de la pared.  
Y dende entonces  
Vivo pensando  
y delirando  
Sólo por tu amor.

Toma este corvo  
Mételo en el jígado,  
Por los desprecios que me has hecho a yo,  
Y dende entonces, vivo pensando,  
Y delirando  
Sólo por tu amor.

---

### *El Barreño*

Cuando vino este barreño  
Nadie quería cantar;  
Ahora que ya se fue  
No lo dejan descansar  
¡Ay barreño sí, ay barreño no!  
¡Ay barreño, dueño de mi corazón!

Cuando yo me muera  
Quién me enterrará,

Sólo las hermanas  
De la caridá.  
¡Hay barreño sí, ay barreño no!  
¡Ay barreño, dueño de mi corazón!

Por aquí pasó un lechero  
Con su cantarito de lata,  
Y la niña le decía:  
Esa leche a mí me mata,  
¡Ay barreño sí, ay barreño no!  
¡Ay barreño, dueño de mi corazón!

De los caballitos  
Que me trajo usted  
Ninguno me gusta  
Sólo el que ensillé.  
¡Ay barreño sí, ay barreño no!  
¡Ay barreño, dueño de mi corazón!

### *Me Gustan todas*

Me gustan todas, me gustan todas,  
Pero las rubias, pero las rubias.  
Por ser tan buenas, me gustan más.

Por la mañana, por la mañana,  
Niña te vi.  
Y las mejores son para tí.

Muchacho no digas eso  
Tu nana te va a pegar,  
A mí no me pega nadie  
Porque digo la verdad.

### *Guayabita*

Guayabita de miel y madura  
Reina que reina la hija del cura:  
Yo no me he casado para barredora.  
Que barra mi suegra que yo soy señora.

Vea que malcriado, lo que me declara,  
Un rayo le caiga en esa su cara.

Rayo para mí no tiene por qué  
 un tabardillo barra con usted.  
 Yo no quiero pan con aceite,  
 pan con aceite, cabeza de china.

¿Con quién te quieres casar,  
 Con la luna, con el Sol  
 O con la vieja del tambor?

*Canción de Tonacatepeque*

Yo quisiera ser manzanita,  
 Cortada y puesta en la rama, mamita.  
 Para no pasar trabajos, cosita,  
 Ni sustos por la mañana.  
 Verdad que sí, verdad que no.  
 Que soy tuyo todito yo.

Tu dices que ya no me quieres,  
 Porque te he dado mal pagó, mamita,  
 Vuelve a quererme de nuevo, cosita,  
 Que un clavo saca otro clavo.  
 Verdad que sí, verdad que no,  
 Que soy tuyo todito yo.

Que sólo Dios y tu tata,  
 Te pudo hacer tan bonita, mamita,  
 Que sólo Dios me lo quita, cosita,  
 Que te deje de querer.  
 Verdad que sí, verdad que no,  
 Que soy tuyo todito yo.

Anoche a la media noche  
 me vinieron a cantar.  
 Unos versitos de amores  
 Que hasta me hicieron llorar.

No siento pasar los ríos.  
 No siento pasar la mar.  
 Sólo a mi negrita siento.  
 Que otro se la va a llevar.

¿Qué será de mi negrita  
 Que entró la noche y no vino.  
 Estará hablando con otro,  
 Y ha perdido el camino?

Yo me subí al alto pino  
 A ver si lo devisaba  
 Como el pino era tan fino,  
 De verme llorar lloraba.

(Viene de la página 25.)

que los hiciera gozar, sufriríamos igualmente con lo que los hiciera sufrir y devoraríamos sus desvíos, cuando la suerte les fuera contraria o dichosos se tornarían indiferentes.

Separados de ellos nada lograríamos, no tendríamos paz si ignoráramos su suerte, con las conjeturas que no faltarían de que no estaban bien y si nos informáramos de sus desventuras la tranquilidad huiría de nosotros y no seríamos felices, porque nunca podríamos ser indiferentes.

Es mejor dejar correr la vida, tal cual se presente; no intentar introducirle variaciones que hacen perder el ritmo y el equilibrio, porque no lograríamos ningún propósito. En lo incierto, en lo que no conocemos porque el porvenir lo oculta con sus sombras, hay la Sabiduría del Ser que mueve los globos del Universo y los átomos que se desprenden de las grandes masas de materia que buscan otras para adherirse y los hechos que se efectúan se eslabonan con otros a que sirven de antecedentes, formando una cadena que nos ata y nos hace vivir.

Los cambios radicales vienen a nosotros por sendas incógnitas, las recibimos como algo natural, aunque nos contraríen, que era esperado e imprimen a nuestra vida un ritmo nuevo, en el cual nos agitamos sin violencias ostensibles, aunque reconocamos ir forzados.

Recibimos el bien y nos resistimos al mal que no por ello deja de realizarse y vamos por el sendero abriendo siempre surcos nuevos y contemplando horizontes renovados que pueden distraernos o no, pero que se presentan a nuestra contemplación con la frialdad, indiferencia o constancia de lo inerte que obedece a otra fuerza que no es nuestra voluntad.

La luz y la sombra a intervalos regulares afectan nuestra ruta; con la primera vemos lo que nos rodea sin que podamos apartarlo si nos disgusta; con la segunda, todo se nos oculta, pero nos entregamos al reposo que nos comunica vigor como hace el sueño, o nos desvelamos sin que ello impida que el tiempo marche y nos traiga en sus pliegues lo que nos conforta o nos abate.

Seguimos siendo instrumento frágil, voluble y sin voluntad, llevados al impulso de la corriente de los acontecimientos y afectados por ellos en bien o en mal.

Vivamos, pues, entregados no a la inercia negativa que nada produce, al odio contraproducente, sino a una actividad que tome la dirección que el vivir le impone, sin que nos empeñemos en cambiar la ruta y sentir el mal humor y contrariedad en todo lo que nos favorezca.

Domingo 3 de  
octubre de 1943.

J o s é L i n o M o l i n a .



## JEREMIAS BENTHAM Y DON

De Rafael Heliodoro Valle

Miembro Correspondiente

## JOSE CECILIO DEL VALLE

**R**ESULTA muy útil hallar las fuentes en que abrevaron los forjadores de las nacionalidades que hoy en día componen el próspero continente americano. Dar con el viejo vivero de donde se trasplantó el arbolito del pensamiento, que se recreó hasta fructificar sobre nuestro generoso suelo, es tarea indispensable para penetrar en el mundo de la idea constructiva más importante del siglo pasado.

He aquí que la inextinguible actividad de Rafael Heliodoro Valle (1), recoge, acota y publica el epistolario cambiado entre José Cecilio del Valle y Jeremy Bentham, para lograr dos cosas a la vez: Primera, descubrir la raíz de la ideología que presidió la acción determinativa de los destinos de América —almácigo de hombres y nacionalidades— frente al mundo maduro y sapiente del otro lado del Atlántico, y, segunda, demostrar cómo uno de los altos pensadores de la última centuria —Bentham— comprendió, estimuló y admiró la acción de los constructores de patrias americanas, en la ilustre personalidad de don José Cecilio del Valle.

Poco tiempo antes de que el prócer criollo pusiera punto final al más trascendental documento de la historia de Centroamérica —el acta de su independencia política inicia su correspondencia con el judío inglés creador de la humanísima doctrina filosófica conocida mundialmente con el nombre de «Utilitarismo», que consagra la mayor felicidad para el mayor número.

Es claro, pues, que Valle fincó su ideología sobre la escuela filosófica de Jeremy Bentham, autor que cobró en su época gran influencia sobre el pensamiento de los que se empeñaban en transformar la ruinoso estructura de aquellas sociedades.

Principia este luminoso intercambio de cartas cuando Valle ha cumplido cincuenta y un años —1821— y cuando ya ha forjado en sí mismo el más recio prestigio de la historia centroamericana. Termina con la senectud que obliga a Bentham -1829- a hacer todo de prisa... «(pues estoy en mis ochenta años de edad y el temor de morir antes de que esté concluido mi Código, actúa sobre mí como el látigo sobre un caballo)».

Las cartas cargadas de pensamientos elevados y de ideas constructivas, contienen muestras de la respetuosa admiración de don José Cecilio por el anciano pensador israelita,

(1) Valle Rafael Heliodoro. - Cartas a Bentham a José del Valle, México, D. F., Editorial Cultura 1942.

a quien llama «padre». Bentham, por su parte, trata a Valle con la grave cordialidad del maestro al discípulo aventajado y quizás preferido, a pesar de su devoción por otro americano: el argentino Bernardino Rivadavia. Del centroamericano pide el inglés informes y puntos de vista, a la vez que otorga discretamente consejos y enseñanzas sabias.

La afabilidad en la correspondencia va en aumento: Bentham obsequia a Valle con sus trabajos. Don José Cecilio al agradecer tan significativa atención, le dice: «*Sus obras le dan el título glorioso de legislador del mundo*».

Más tarde Valle envía a su amigo de ultramar una colección de monedas de oro y plata de las corrientes en Centroamérica.

A medida que los dos pensadores realizan la comunión de la amistad,

vanse descubriendo mutuas virtudes, capacidades y excelencias. Datos elocuentísimos para la biografía de José Cecilio del Valle, ineludible en la historia de América, son los conceptos de Jeremy Bentham, quien asegura que de poder hacer milagros, formaría de la personalidad de Valle una trinidad, para poder tenerlo a la vez en Estados Unidos del Norte, en Inglaterra y en Centroamérica, donde resulta indispensable para salvar la vida del flamante Estado.

La publicación de estos importantes documentos reafirma el crédito que su compilador y acotador se ha ganado hace años. La verdadera historia de este continente —hoy en día en plena gestación— es de nuevo una deudora del incansable, del agudo y del talentoso investigador don Rafael Heliodoro Valle.

«Revista Mexicana de Sociología.»



## EL PODER EJECUTIVO -- PATRIA Y LIBERTAD

Conferencia pronunciada por el Director del Colegio "Renovación", finalizando así el ciclo de conferencias que él mismo inauguró en su Plantel, la noche del 7 de mayo de 1938.

Señores:

Hace cincuenta días, en sesión semejante, dirigimos la palabra a la animosa juventud que se prepara para las luchas intensas, emocionantes y positivas.

En la ocasión presente, como en aquélla, recogimos palpitaciones del derecho público, a que nos vemos obligados, ya porque en ese campo hacemos cultivos, ya porque su actualidad es innegable, no perdiendo de vista de que este trabajo se diri-

ge a los que van a laborar en un futuro próximo, y no debe ser, por tanto una disertación especulativa, sino de fines prácticos, sentando enseñanzas positivas y sin pasiones.

Prácticas viciosas, confabulaciones inauditas, inconcebibles entre adversarios políticos, que nunca pudieron estar en la mente del legislador, han demostrado después que no bastan sanos preceptos que regulen la acción de los funcionarios, si no coadyuva el civismo, el concepto del propio decoro, para que la alta in-

vestitura, que en un momento, la ley otorga a determinadas personas, no se convierta en instrumento de traición y fraude. Y nosotros, los profesores, antes que otros, estamos obligados a recordar hechos históricos, a enseñar y sentar doctrinas de civismo, sin perder de mira las bases dogmáticas de nuestra Constitución Política.

\* \* \*

Sea cual fuere la organización de un país, debe constar por escrito, de modo formal. Desde que hay naciones ha habido también gobiernos, y muchos gobernantes han hecho la felicidad de los pueblos; pero, mientras los derechos y deberes de gobernantes y gobernados no se hallen clara y distintamente determinados, la suerte de las naciones queda a merced de las buenas o malas cualidades de su mandatario; y los altos destinos de un pueblo no deben depender únicamente de la voluntad de un hombre. Por otra parte, si los ciudadanos han de proceder racionalmente, necesario es que tengan la conciencia de sus obligaciones y de sus derechos, los que no se consiguen con solo el consentimiento tácito. He aquí la necesidad de la ley fundamental que contiene aquellos deberes y derechos. He aquí por qué la organización de un país está expresa socialmente en una fórmula abreviada, que se llama Constitución, Carta, Pacto, y que no es otra cosa «sino la indicación de los principios fundamentales, según los cuales es gobernada la Nación.

Toda constitución contiene, según esto, de un modo breve y sencillo, la manera cómo los ciudadanos y la sociedad cumplen sus respectivos

finés; es popular la Carta porque anda de mano en mano entre alumnos de Sexto Grado, de Secundaria y profesional: se conserva en toda oficina pública y privada porque es la base de las leyes secundarias, mediante la cual se defienden de cualquier violación, puesto que con más facilidad se quebranta una regla que un principio, y la inviolabilidad del Pacto ha de consultarse a toda costa, por ser el dogma fundamental de la sociedad.

Nuestra Constitución, que data de 1886, hecha por hombres patriotas y preclaros, contiene, en compendio, las garantías de los derechos personales, y los principios a que se sujetan en su marcha los tres Poderes, distintos e independientes entre sí, que se denominan: Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

\* \* \*

Como bien sabéis, el tema de nuestra plática, es el Poder Ejecutivo, o sea la institución encargada del cumplimiento de las leyes y de presidir, conforme a ellas, la marcha de un Estado. Esta Entidad, destinada por su naturaleza a ser un organismo difundido por todo el país, tiene un jefe que da unidad a la administración y el centro de acción y el regulador de las funciones sociales. Los elevados destinos de este Jefe le hacen considerar como a un soberano, y la suma de los poderes que ejerce, le facilitan su dominación; está imposibilitado para convertir en su propio provecho la suma de autoridad que se le confía; y de ahí por qué ha de ser variable y alternativo, después de un corto período.

En las monarquías, el jefe de la administración, es un soberano con

el título de Rey, Emperador, Gran Duque, u otro; su cargo es perpetuo y su origen la ley de sucesión: la corona se trasmite como un legado al sucesor determinado por la ley, que por lo regular pertenece a la familia reinante, que constituye la dinastía. En algunos países son indistintamente llamados los varones y las mujeres, atendiendo sólo a su entroncamiento; en otros, exclúyense a las hembras, a usanza de los Galos Sálícos, cuyo nombre lleva la ley de exclusión. En Galicia, la autoridad estaba a cargo de un Consejo compuesto del Sacerdocio, la nobleza y las familias galas formaban diversas confederaciones.

Cuando a la muerte o abdicación del monarca, está de menor edad el príncipe heredero, se encarga de gobernar, en nombre suyo, un regente, o bien un consejo de regencia, que se reviste durante la minoría de todas las facultades del monarca. Al faltar los expresamente llamados por la ley, suele ser nombrado el soberano, por el pueblo, a cuyo acto se da el nombre de aclamación.

En las monarquías electivas, el monarca es elegido por el pueblo o la nobleza; y algunas veces, la designación de sucesor se hace durante el reinado del actual gobernante para evitar conmoción popular, o peripección política.

En las repúblicas, el jefe, que se titula Presidente, es elegido por el pueblo, su duración, como dijimos, es corta y tiene responsabilidad, siendo esto, el carácter distintivo de la República.

El Ejecutivo, sea cual fuere la forma de gobierno, no ejerce su poder por sí mismo, sino en nombre de la Nación, que como libre y soberano tiene el derecho propio de gobernarse; cual elige y autoriza a al-

gunos ciudadanos para formular la ley, debe elegir y autorizar también al Ejecutivo, encargándole la realización de aquella ley.

El origen del Ejecutivo está, pues, en la misma fuente de donde emanan los demás poderes públicos, en la elección del pueblo.

Las monarquías apelan a la ficticia hipótesis del consentimiento del pueblo expresado por su obediencia; sólo Napoleón III recibió sus poderes directamente del pueblo francés.

### Principales atribuciones

Ya hemos dicho que la misión del Poder Ejecutivo es la realización de la ley; todas las atribuciones que la Carta le designa están en armonía con este principio.

Para cumplir con su objetivo debe expedir reglamento, decretos y disposiciones necesarias. No se crea por esto que legisla, pues la facultad del legislador consiste en declarar privadamente un derecho, en crear, por decirlo así, los derechos sociales; y el Ejecutivo nada nuevo declara, asegura, y no más, el cumplimiento de una ley sancionada; sus reglamentos y decretos deben estar subordinados a la ley y reducidos a establecer el modo y forma de realizarla; en cuanto se aparte de este sendero traslimita su poder, se excede en sus funciones.

La misión del Ejecutiva le exige también el cuidado de la tranquilidad pública: es el poder central y regulador, y mal puede regular la marcha de la Nación sin sostener la armonía social, sin guardar y proteger los derechos de la sociedad y de los ciudadanos. Está, pues, en el deber de conservar el orden y la paz, función difícil y peligrosa, con la

cual suelen cohonestarse los más flagrantes atentados. Pero, ello es que debe realizarla el Ejecutivo, y con preferente cuidado y esquisita solicitud; y como el elemento del orden, el medio conducente de conservar la paz, conjurar las revueltas y enfrenar a los criminales es la fuerza armada, debe tenerla a su disposición.

Mas, no ha de limitarse únicamente a la parte negativa de impedir los ataques y mantener la paz; su destino es positivo y más elevado, su acción debe de extenderse también a la protección y fomento; que la tranquilidad de un pueblo no sea estéril, que no sea la paz de los sepulcros, sino la armonía en el desarrollo de su vida, la regularidad en su marcha por la vía de su perfección y felicidad.

Para llenar tan alto destino y que las necesidades públicas sean oportunamente satisfechas, el Gobierno debè de administrar la hacienda nacional, cuyos caudales han de ser económicamente aplicados, conforme a la ley de distribución, llamada presupuesto; y a fin de que nunca falten fondos seguros y los impuestos no sean demasiado gravosos, esto es, para conservar y fomentar la Nación con el menor costo posible y sin grandes sacrificios de los ciudadanos, el Ministro de Hacienda, que conviene sea escogido entre los más distinguidos financistas, estará en el deber de estudiar y presentar a la Asamblea su plan de hacienda, basado, no sobre no gastar, que tan mezquina idea es indigna de un hombre de Estado, sino sobre gastar con provecho del público y sin mayor gravamen a los ciudadanos; los gastos inútiles son una inmoralidad, un punible despilfarro; los ahorros mezquinos, la avaricia y empobrecimien-

to de la Nación; los impuestos onerosos, sobre injustos, oprimen y se hacen odiosos; debe gastarse siempre lo necesario, con oportunidad y provecho, y conseguirlo a poco esfuerzo y con seguridad. A este Ministro le corresponde también presentar al Congreso la cuenta documentada de los gastos públicos, para su examen y depuración.

Corresponde igualmente al Ejecutivo la facultad de nombrar y remover libremente a los empleados de su dependencia; ellos son los órganos de que se vale para cumplir sus deberes y llevar la vida a todos los pueblos de la Nación; y si no los escoge a su satisfacción, queda expuesto a continuos desconciertos; esto sería privar a la voluntad del auxilio de los brazos, exigir un fin alejando los medios.

En cuanto a las relaciones exteriores, debe cultivarlas con esmero y tino; de aquí la facultad de nombrar y remover a su satisfacción los agentes diplomáticos.

Respecto de los otros Poderes, debe ejercer algunas facultades conservadoras. Moderará al Judicial, requiriéndolo para la pronta y exacta administración de justicia, etc. Modera al Legislativo, haciendo observaciones, exponiendo los inconvenientes que puede ofrecer la ejecución de la ley, etc.

El Ejecutivo debe de dar moralidad y suficiencia a la enseñanza y darle amplia libertad, porque la educación oficial del Estado es incapaz de satisfacer todas las necesidades, y llenar cumplidamente todas las exigencias sociales.

El Ejecutivo no debe de descuidar la libertad religiosa, que consiste en que cada ciudadano pueda profesar la religión más conforme a su

conciencia y tributar a la Divinidad el culto debido, conforme a sus convicciones. El fanatismo no ha podido soportar esta doctrina y se ha levantado furioso a condenarla, envolviendo en su secta a muchas personas timoratas, que creen ver en la libertad de conciencia, la tumba del cristianismo, y a las gentes ilusas que la confunden con la impiedad y el ateísmo. No entramos a un análisis filosófico de tan delicada cuestión, por no cansaros demasiado, y ofrecemos continuar el desarrollo en otra ocasión.

\* \* \*

«Ubi Scientia, ibi Patria». Por la ciencia y por la Patria. Lema, que cual antorcha, ilumina nuestros actos docentes, y cual faro de primera magnitud, inspira nuestros pensamientos y acciones. En nuestro ciclo de conferencias, en cuyas disertaciones figuran valiosos trabajos sobre ciencia, arte y literatura, de colaboradores, profesores y alumnos distinguidos, a quienes en esta solemne ocasión rendimos expresivos agradecimientos por la valiosa cooperación aludida, franca y patriótica, que, a manera de extensión cultural, hemos llevado a cabo de conformidad con nuestro programa de trabajo, y del cual, estamos seguros, guardar imperecederos recuerdos, colegas, padres de familia, un buen núcleo de jóvenes con miras levantadas y sedientos de un brillante porvenir, porque, apartándose de los centros de recreo y de prostitución, acuden gustosos a este Plantel.

Y para terminar, amable auditorio, elevemos un pensamiento más hacia la Patria y la Libertad.

La patria no es un ente de razón, no es una idea abstracta y misterio-

sa, no es un principio genérico inabismable, no es una superstición censurable, no es un mero símbolo de alegoría: es un ser real, compuesto de elementos positivos —materiales y morales— que se ofrecen a nuestros sentidos y a nuestra consideración.

La patria es, en primer lugar, la tierra natal; son la línea del horizonte que primero se nos grabó en la memoria; es el municipio que primero recorrimos; y subiendo y creciendo, es el país cuyo gentilicio llevamos y cuya geografía e historia se nos enseña en las aulas, junto con las leyendas de nuestros antepasados.

La patria es también el lugar donde están los afectos, las tradiciones, los recuerdos y las esperanzas de la estirpe; donde viven las familias amigas de las nuestras y sus aliadas por vínculos de raza, de costumbres, de lengua y de religión; y donde existen colectividades mayores reunidas en un solo cuerpo de nación, por unas mismas leyes, unos mismos derechos y unos mismos deberes.

La patria es, igualmente, el calor del hogar y la columna de humo azul que se eleva sobre el techo de la casa paterna; es el teatro de nuestros juegos de infancia y de nuestros amores de juventud; es el paraje donde yacen las tumbas de los padres y donde se mecen las cunas de los hijos; y es el colegio donde aprendemos y la iglesia donde oramos.

¡Infeliz el hombre en cuyo corazón no palpita el solo nombre de patria! Pero si la Patria se confunde con el suelo y con el amor instintivo a la tierra que nos vio nacer, debe ser algo más. Sin duda el patriotismo se afianza en el territorio porque es estable, más para que adquiriera un carácter propio de seres racionales, se

requiere que se ensanche, que abra- ce un radio de acción y, sobre todo, que dentro del hombre aparezca el ciudadano. Sólo entonces el amor al hogar o al campanario, y lo que comenzó por ser un instinto, acabará por ser una virtud.

El sentimiento patriótico no es, pues, únicamente moral, ni se compone de elementos exclusivamente materiales: resulta de la combinación de las dos cosas. Amor de patria, espíritu de raza, afecto a la localidad o a la familia, y aun amor de sí mismo, son derivaciones de una misma fuente natural, diversos grados de un mismo sentimiento, que pueden coexistir en un mismo corazón sin perjudicarse, porque, como

dijo el orador romano:

«Nuestros padres, nuestros hijos, nuestros amigos, no son caros, pero todos esos amores vienen a reunirse y confundirse en uno solo: el amor a la patria».

Realmente, en el pecho del buen patriota se identifican el afecto a la patria, el de sí mismo y el de lo que le concierne; más aun, resuelto como se halla a hacer por ella más que por sí propio, puesto que abandona hogar, bienes y la vida misma para servir a su país: Así dijo piadosamente Horacio:

«Suave y hermoso es morir por la patria».

El poeta Julio Arboleda expuso con igual elegancia:

«Patria, por tí sacrificarse deben  
bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre;  
todo, aun los hijos, la mujer, la madre  
y cuanto Dios en su bondad nos dé».

Amemos y defendamos la patria, próceres.  
pero amemos y defendamos también ¡Aprendámosla!  
la libertad.

Esa es la lección austera de los San Salvador, 24 de junio de 1938.

G I L B E R T O V A L E N C I A R .



## MOCION Sobre "La Liga de Cooperación Intelectual de los Ateneos Ibero-Americanos"

Por Gilberto Valencia Robleto

Señores consocios:

Tiempo es ya de que se cumplan los anhelos del patriotismo indo-hispano, al tratar de unir estrechamente el alma de nuestras repúblicas

bajo la égida protectora de las Ciencias y Letras.

El Ateneo de El Salvador fundado bajo los auspicios patrióticos de los hombres de pensamiento y acción, hace varios años propuso un

acercamiento intelectual y artístico de todos los ateneos existentes en nuestra América, loable propósito que no se llevó a cabo, por las graves circunstancias sísmicas que atravesó esta capital.

Ya en 1826 el glorioso Libertador de América trató de formar en el Congreso de Panamá, la unidad política de estos estados. Fracasada esta noble idea, ella nos sugiere, con más probabilidades de éxito, la unificación del pensamiento americano bajo la influencia de los Ateneos ibero-americanos.

El lamentable aislamiento en que han vivido y aun viven estas repúblicas, ha sido producido por la letal apatía de nuestra raza a las más nobles aspiraciones de un pueblo: la unidad de la raza, el poder y soberanía de la raza.

Nuestra negligencia no debe ser tal que apague en nuestro espíritu el verdadero criterio de lo que somos en el Continente. A riquezas, a grande y fecundo territorio deben responder las luces, la cultura, la unificación y armonía de la intelectualidad ibero-americana, fuentes inextinguibles de donde se deriva el poder e integridad de Hispano-América.

Dentro los estrechos límites en que hoy estamos encerrados de una política de mutua cortesía y palabras de entusiasmo, poco representamos en la vida internacional, ni siquiera podemos hacer presente los elementos de grandeza y dignidad que hierven en nuestras repúblicas, si nos

reclinamos cada cual, hurañamente, en los límites de nuestros países.

Poner bajo la égida de los ateneos la unificación de los trabajos culturales y su exparcimiento por todo el Continente, es misión digna y noble del rol que debemos representar en el mundo; es dar la medida de previsión del porvenir de nuestras colectividades que, como bien le ha dicho Edwin «es evitar que nos lleve el incendio para echar los muebles a la calle».

#### PROPONGO, PUES:

Que la Directiva del Ateneo de El Salvador, iniciador de esta idea, faculte omnímodamente a la Directiva del Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires, para que dicte los Estatutos que deben regir esta organización, adoptando todos los medios prácticos para conseguirla; estableciendo la forma en que deben concurrir los ateneos ibero-americanos, á fin de hacer eficiente todo este plan de organización.

Para que la Asociación ofrezca todas las garantías de los buenos resultados que de ella se esperan, insinúo la idea de que estén representados en Buenos Aires los Ateneos Ibero-Americanos por uno o dos delegados por cada centro, pudiendo ser éstos, ya pertenecientes al país donde radica el Ateneo, ya por representantes residentes en la Argentina, Uruguay o el Brasil. Que la sede de la Confederación de Ateneos sea la ciudad de Buenos Aires, si así se acordare.

San Salvador, 8 de enero de 1944.



## La Arenga

*de Demóstenes*

**por la Paz**

**Q**UERIENDO Filipo, señor de Oliyntia y de otras ciudades vecinas, pasar por las Termópilas para concluir la guerra de Fócide; y siéndole indispensable para esto remover con halagüeñas promesas los obstáculos que podrían oponer a sus proyectos los atenienses, les hizo algunas propuestas, valiéndose de los partidarios que tenía en la misma Atenas. El rey de Macedonia supo con su política halagar tan bien los espíritus, que los atenienses, aunque al principio se dividirían en dos facciones, una de las cuales, a que pertenecía Eschines, rehusaba completamente la paz, se avinieron a admitirla, y fué concluida en efecto después de varias embajadas de una y otra parte. Todo pareció disponerse con mucha ventaja para este príncipe. Habíase apoderado de la mayor parte de la Tracia, aprovechando la dilación en que estaban para proporcionarle esta ventaja los diputados de Atenas, adictos suyos en su mayor parte, y que habían sido enviados a él con el fin de recibir su juramento y concluir la paz. Se valió de Eschines, hechura suya, con el objeto de adormecer a los atenienses con promesas que estaba muy lejos de querer cumplir.

Entretanto se apodera de las Termópilas: pasando en seguida a la Fócide, derrama el espanto entre los

focios, que, creyéndose vencidos, piden la paz y se le entregan a su arbitrio; reúne inmediatamente el consejo de los Amphyctiones y declarándose vengador de Apolo, los establece, sin omitir solemnidad ninguna, jueces soberanos para castigar el sacrilegio cometido por los facios; por último, a nombre de esos jueces, sometidos siempre a su voluntad, ordenó, sobre otras cosas, que se arruinase la ciudad de la Fócide. Mas como Filipo, con la mira de remover los obstáculos que podían frustrar sus designios, había reunido a sólo aquellos Amphyctiones que eran sus partidarios, le era necesario recabar de los atenienses y de otros pueblos principales el que ratificasen el decreto que lo declaraba miembro de los Amphyctiones; pues no habiendo tenido parte alguna en su nombramiento y perteneciendo, por otra parte, a este consejo, podían muy bien desechar esta nueva elección.

En la junta convocada por los atenienses para deliberar sobre el partido que debía seguirse, muchos se opusieron abiertamente a las pretensiones de Filipo. No era de este número Demóstenes, que sin haber aprobado nunca la paz ajustada con aquél, tampoco resultaba conveniente romperla, ya que estaba hecha. A fin, pues, de persuadir al pueblo de la im-

*por el Pbro. Dr.*

**JUAN BERTIS**

portancia de su consejo, sube a la tribuna, llama su atención y les habla de esta manera:

«Embarazosa y muy difícil, ¡oh atenienses!, es la deliberación que al presente nos ocupa, en razón de que por una parte vuestra negligencia nos ha ocasionado grandes pérdidas, sobre las que sería inútil detenernos, y, por otra, no pudiendo hallarnos conformes acerca de los medios de conservar lo que nos queda, estamos siempre divididos en punto a nuestros verdaderos intereses. Un defecto que es propio, aumenta la dificultad; en lugar de aplicaros a prevenir el mal, deliberáis cuando ya está consumado, y por una consecuencia inevitable de este sistema, al mismo tiempo que aplaudís al orador que os reprocha vuestras faltas, dejáis que se os escapen los negocios cuando parece que ocupan más vuestra atención. A pesar de estos obstáculos que oponéis, me lisonjeo, y esto es lo que me ha obligado a subir a la tribuna, de que si renunciando a todo espíritu de contienda, queréis escucharme con la tranquilidad de un pueblo que delibera sobre los intereses de la patria y los negocios de la mayor importancia, mis consejos y discursos os pondrán en estado de mejorar vuestra condición, y reparar vuestras pérdidas».

«Yo sé que hay un medio, cuando se quiere echar mano de él para conseguirlo todo de vosotros, y es que el orador hablando de sí mismo os recuerde los dictámenes que en otras circunstancias se hayan abierto; pero a mí me repugna tanto este medio que me causa mucha pena recurrir a él, por más convencido que esté de su necesidad, y si estoy resuelto a emplearle en la ocasión presente, es por hallarme persuadido de que juz-

garéis mejor de mis consejos, si al tiempo de exponerlos, os recuerdo algunos de aquellos que en iguales circunstancias os he dado».

«Cuando por las turbulencias de la Eubea se os aconsejaba socorrer a Plutarco y encargáros de una guerra tan dispendiosa como poco honorífica, yo fui el primero y único que subí a la tribuna para combatir este dictamen, y entonces faltó muy poco para que me redujeran a pedazos aquellos pérfidos que, arrastrados por un vil interés, os comprometieron en mil enormes faltas. El deshonor de que os cubrió esta guerra y los insultos que sufristeis, tan grandes como ningún pueblo había llegado a sentirlos, de parte de aquellos a quienes queríais socorrer, os hicieron conocer bien pronto la rectitud de mis opiniones y la perversidad de los ciudadanos que os habían dado tan malos consejos».

«En otra ocasión, viendo al cómico Neoptolemo obtener de vosotros por su arte toda clase de licencias, dar mortales golpes a la República, abusar de su crédito para emplear todas vuestras fuerzas y todos vuestros recursos en favor de Filipo, yo me presenté aquí y denuncié al traidor sin ningún espíritu de odio ni malignidad, como después lo justificó el acontecimiento. Yo no tuve que contender con los defensores de Neoptolemo, porque nadie se atrevió a defenderle; sino con vosotros mismos; porque si en vez de concurrir entonces, como lo hicisteis, a deliberar sobre los negocios públicos y la conservación del Estado, hubiésteis asistido a los vanos espectáculos, habría sido imposible que nos escucháseis, ni a él con mayor interés, ni a mí con mayor repugnancia. Sin embargo, ninguno de vosotros ignora hoy que aquel hombre hizo en-

tonces un viaje al país de nuestros enemigos, so pretexto de cobrar en Macedonia la plata que se le debía, para volver con ella a librarse de sus cargas: sabéis que se quejaba incessantemente, incapaz de sufrir sin mirarlo como cosa detestable, el que se tuviese como un crimen ir a cobrar sus deudas: sabéis, repito, que este hombre realizó los fondos que aquí poseía, para establecerse cerca de Filipo con toda su fortuna.

«Estos dos hechos, justificados por el éxito, prueban la rectitud y sinceridad de los discursos que os dirigí en aquella época a vosotros. Voy a recordaros una tercera circunstancia para entrar en materia. Después de la embajada en que mis colegas y yo habíamos recibido los juramentos por la paz, se os prometía de parte de Filipo que éste iba a restablecer a Tespas y a Platea, que conservaría a los focios después de haberlos sometido, que arruinaría a la ciudad de Tebas, os haría devolver a Orope, y, finalmente, que os daría la Eubea indemnización de Amphipolis; se os lisonjeaba entonces con frívolas y quiméricas esperanzas, que os determinaron a desamparar a los focios, contra todo lo que parecía dictar el honor, la justicia y vuestros propios intereses. Yo, entonces, sin ocultar ni disimular cosa alguna de las que preveía, os anuncié netamente que ignoraba todas esas promesas del monarca, y que lejos de resolverme a darle crédito, me hallaba convencido de que os estaba lisonjeando con vanas palabras.

«Si, pues, en todos estos puntos he visto mejor que los otros, no será éste para mí un motivo de vanidad, no lo atribuiré a una singular penetración. Dos causas son por ventura las que me han hecho más ilus-

trado y previsor; tales son, en primer lugar: el favor de la fortuna, cuyo poder es superior a toda la sabiduría humana y a todos los esfuerzos del ingenio; y en segundo esta incorruptibilidad con que juzgo y hablo de todo. No, no podrá demostrarse que un sólo presente haya influido jamás sobre mis discursos, ni mis procedimientos en mi administración, y por esto se me ha venido a ofrecer inmediatamente lo que en el curso de los negocios presenta mayores ventajas al Estado. Pero cuando ha recibido algún dinero el orador que pesa los intereses públicos, este dinero, que obra sobre su espíritu como un peso en la balanza, le precipita y atrae de tal manera, que ya no le es dado juzgar sanamente de las cosas.

«Por lo demás, he aquí mi dictamen en las presentes circunstancias. Bien se quieran procurar fondos a la república, bien aliados u otro género de recursos, el primero de nuestros cuidados debe ser no romper la paz actual: no porque yo la crea muy ventajosa y digna de vosotros, sino porque cualquiera que ella sea, si no fué necesario que se hiciese, tampoco lo es romperla ahora que ya está hecha, puesto que dejamos escapar muchos objetos que hallándose entonces en nuestras manos, proporcionaban para la guerra más seguridad y medios de los que al presente pudiéramos tener.

«En segundo, debemos precaverlos de poner a los pueblos que componían las asambleas y se adornan con el título de Amphictiones en la necesidad de atacarnos todos de concierto, o a lo menos es preciso no darles el menor pretexto para tal cosa. Si a fin de recobrar a Amphipolis, o por alguna otra razón particular en que no tuviesen parte ni

los tesalónicos, ni los argivos, ni los tebanos, entrásemos en nuevas diferencias con Filipo, entiendo que aquellos (y permítaseme decir que mucho menos los últimos), no tomarían partido en la querella de este monarca, no porque abriguen las mejores intenciones respecto de Atenas, ni estén poco interesados en dar gusto a Filipo: sino por hallarse convencidos, a pesar de que se les crea muy estúpidos, de que entrando en guerra con los atenienses, tendrán que resentir todos los males de ella, mientras un tercero estará espiando y aprovechará para fin el momento de recoger todos sus frutos. No se expondrán, por lo mismo, ni ellos ni los demás, a tomar las armas contra nosotros, a menos que tengan todas las razones para tomar parte en la querella. Si llegásemos a estar en guerra con los tebanos, por la ciudad de Orope o por otro objeto semejante, nada tendremos que temer de los demás griegos; porque ellos nos defenderían desde luego a nosotros o a los tebanos, según que los unos o los otros fuésemos combatidos injustamente; pero no, si quisiésemos atacar. No se requiere pensar mucho para conocer que tal es el espíritu de las confederaciones, y que son así ellas necesariamente y por su misma naturaleza. Ningún pueblo lleva la benevolencia para con nosotros y los tebanos hasta el extremo de querer que una de dos potencias, no contenta con mantenerse, oprima a su rival: porque si todas por su propio interés, aspiran a que ni unos ni otros seamos oprimidos, ninguna sufrirá nunca que seamos los señores y dominemos en la Grecia.

«¿Qué es, pues, lo que hay que temer y lo que ha de evitarse? Dar a los pueblos motivos de disgusto y

un pretexto común para marchar contra nosotros. Porque si los argivos, los mesenios y megalopolitanos, habitantes todos del Peloponeso, y que tienen un mismo partido, están indispuestos contra nuestra república por haber solicitado nosotros la alianza de Lacedemonia, y parece nos prestamos a sus empresas; si los tebanos que, como se ha dicho, nos odian naturalmente y más todavía porque recogemos a sus desterrados y de mil maneras manifestamos, respecto de ellos, disposiciones poco favorables; si los tesalónicos quieren mal a nuestra ciudad porque recibió a los fugitivos de la Fócide, y Filipo porque se le disputa el título de Amphiction, temo que todas estas potencias, animadas por un resentimiento, particular, se ligen contra Atenas, so pretexto de defender los decretos amphictiónicos; y que de este modo cada pueblo se vea, por una ligereza, arrastrado a declararnos la guerra contra su propio interés, como ha sucedido en las revoluciones de Fócide. No ignoráis, según creo, que los tebanos, tesalonicenses y Filipo, sin tener cada uno el mismo objeto principal, han concurrido todos al mismo fin. Los tebanos, por ejemplo, no pudieron evitar que Filipo, penetrando hasta las Termópilas, se apoderase de ese tránsito y que, sin embargo de haber venido el último, les arrebatase la gloria de sus trabajos; adquirieron muchas posiciones y perdieron el honor. Como no podían obtener lo que deseaban sino haciéndose este príncipe Señor de las Termópilas, toleraron, aunque con disgustos, que se apoderase de ellas, porque deseaban adquirir a Orcómenes y Coronea, lo que no podían a la verdad por sí mismos. Hay quienes pretendan que a fuerza y no de grado entregó a los tebanos

Filipo aquellas dos ciudades, cosa que yo no puedo creer, porque no sé que en todo esto no tuvo más objeto ni ambicionaba otra cosa. Filipo que apoderarse de las Termópilas, presidir los juegos típicos y pasar a la Grecia, después de haber concluido la guerra de la Fócide y arreglada la suerte de los habitantes.

«Es verdad que los tesalónicos, lejos de querer el engrandecimiento de los tebanos ni de Filipo miraban a éste como perjudicial a sus negocios; más como deseaban recobrar el derecho de tener voz y voto en la junta de los Amphictiones, secundaron, para llegar a este fin, los proyectos del monarca. Así es que, arrastrado cada uno por su interés particular, obraron todos de concierto contra su gusto. Según estas reflexiones, es evidente que no podremos observarnos demasiado.

«Mas, ¡qué! Debemos acaso por una cobarde política dejarnos que se nos impongan la ley? Este es, se me dirá, vuestro consejo. No por cierto, atenienses, que bien lejos de pensar en esta manera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razón; y que, siguiendo mi dictamen, nada haréis indigno de vosotros, evitaréis la guerra y daréis a todos los pueblos una grande opinión de vuestra sabiduría.

«En cuanto a aquellos que, poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse a decir que debemos desafiar todos sus azares, que escuchen este raciocinio.

«Dejamos a Oropo a los tebanos; si se nos preguntase ¿cuál es el verdadero motivo? es, diríamos, evitar nos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de la Macedonia la ciudad de Amphipolis; permitimos

que los cardianos se separasen de los otros pueblos, de Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las islas de Chio, Cos y Rodas; que los bizantinos se lleven por el mar nuestros navíos: ¿Y por qué hemos hecho todo esto? Sin duda porque pensamos que nos es más útil gozar de la paz y el reposo, que suscitar nos enemigos y mover querellas por obtener semejantes? No sería, pues, el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, a vosotros, que temiendo ofenderlas a cada una en particular, sacrificáis por lo común intereses más caros y esenciales?»

La composición precedente es una de aquellas composiciones insignes que más dieron a conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores de Demóstenes.

Asustado este grande hombre de los males que inundarían a la república, si ésta interrumpía la paz de que entonces disfrutaba, reúne los medios para persuadir a los atenienses de la justicia de sus temores, y sube a la tribuna del pueblo, como lo tenía de costumbre, a fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir a su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos, y fijar el corazón inconstante y ligero de sus compatriotas, ofreciéndole las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado si secundan sus votos, y anunciándoles que contra su ordinaria costumbre va a recordarles aquellos infortunios que habrían recibido, por no haberse aprovechado de sus dictámenes, cuya importancia había justificado la más dolorosa experiencia. Señala después tres aconteci-

mientos infaustos con que se mira resplandecer el patriotismo, la previsión y sabiduría del orador, y la ligereza, inconstancia y seguridad del pueblo que le escuchaba; y tratando de investigar la causa de esto, descubre que todo consiste en aquella firmeza de carácter que ni vacila con los amagos del poder, ni sucumbe a los halagos de la seducción, ni cede con la brillante perspectiva del oro.

¿Qué más necesitaba Demóstenes para que sus medidas fuesen adoptadas con la veneración debida a los oráculos, y la gratitud de un pueblo entusiasta y reconocido?

Con una preparación tan ventajosa les anuncia con firmeza su opinión de que la paz se conserve, no como un beneficio positivo, sino como el menor de los males, en un tiempo en que ya no se cuenta con ninguno de los innumerables anteriores recursos que los atenienses habían dejado escapar de las manos.

Para persuadirles mejor que sería sobremanera arriesgado poner a los pueblos de la asamblea de los Amphictiones en el caso de hacerles la guerra, no cree necesario ocultar algunas reflexiones que podían ser contrarias a la necesidad de esta medida, y así es que la presenta diciendo que ni los tebanos tomarían parte con Filipo contra los atenienses en caso de reclamarles éstos con las armas la ciudad de Amphipolis, ni tampoco tendrían motivos para temer a los griegos, en caso de entrar en guerra con los tebanos; porque el espíritu de las confederaciones arrastra siempre las pretensiones de los aliados a favor de la causa justa, y nunca hacia el preponderante engrandecimiento de un Estado.

Pero si por motivos peculiares e independientes podía sostenerse la

guerra sin peligro de una influencia exterior, nunca pudiera afirmarse otro tanto cuando la causa de declararse afectase a los intereses de muchos pueblos, porque entonces se ligarían fuertemente, aun contra su gasto, para oprimir a los atenienses. Este concepto lleno de política y de sabiduría, sostenido con los mejores ejemplos para persuadirle, cierra, y con mucho triunfo, la parte confirmativa de esta composición oratoria, lo cual concluye con una buena prolepsis, cuya resolución atacó las miras de ciertos espíritus imprudentes y cavilosos que so pretexto de evitar una afrenta, parecían sostener que Atenas se hallaba en el caso de aventurarse a todos los azares y peligros de la guerra. Con un argumento urgentísimo, por ser muy personal y demasiado solemne, los combate sin réplica; pues quienes habían hecho en obsequio de la paz sacrificios demasiado costosos, como era el de Oroepe, que habían tomado los tebanos; Chio, Cos y Rodas, ocupados por el rey de Caria y otros de igual naturaleza, no podían, sin un exceso de barbarie y locura, provocar por el vano título de Amphictiones la terrible cólera de los pueblos confederados.

Si en el género deliberativo la perfección del arte consiste en buscar buenas y sólidas razones, coordinarlas, darles toda la fuerza de que son susceptibles, desenvolverlas sin una obscura prolijidad, consultar de continuo a la experiencia, que es la mejor maestra del espíritu humano, seguir fielmente el orden de los sucesos para calcular su influencia respectiva en las operaciones de gobierno y en la suerte de los Estados. Conocer la política en su esencia y en su fondo, tener bien deslindados los derechos de la guerra y de la paz,

mejor conocidos los resortes tal vez secretos de las naciones extranjeras; y manifestar todas estas luces, este buen sentido crítico, estas miras profundas, que abarcan el cuadro general y político de los pueblos, en una discusión clara, metódica y urgente, y con aquella elegante sencillez que sin movimientos apasionados, ni transportes sublimes, arrastra y subyuga el entendimiento, triunfando irresistiblemente de los conatos de la voluntad, quién podrá desconocer en este discurso, aunque pequeño, aquella alma republicana que nunca habían transigido y aquella impetuosidad de carácter que dominaba todos los acontecimientos.

Al recordar aquella superioridad de planes, aquel orden de ideas siempre progresivo y siempre victorioso; al sentir los efectos de una dialéctica tan segura y oratoria, de esta vehemencia de raciocinio, que no ha perdido su poder ni con la muerte, del idioma que le expresaba, este noble desaliño que multiplicó tantas veces los aplausos de todo un pueblo; esta experiencia lógica, manantial de pruebas incontrastables, a la cual cedían todos los sofismas y todos los intereses; esta sencillez atractiva que hacía perder su prestigio a los cuadros brillantes de la imaginación y a todos los adornos del arte, esta osada sublimidad que hizo estremecer tantas veces a los enemigos del Estado y supo encadenar el orgullo de un atrevido y ambicioso monarca; nos es ya permitido rehusar a Demóstenes el tributo de una admiración ilustrada?

¿Quién no reconoce aquí el genio impasible de la Grecia que no había llegado a franquearse nunca sino a los proyectos grandiosos y a las ideas elevadas? ¿Quién no se siente opri-

mido por la fuerza prodigiosa del Hércules-orador? ¡Con qué noble altivez reprende la frivolidad y ligereza de sus compatriotas! ¡Con qué satisfactoria seguridad anuncia que el cumplimiento de sus dictámenes están ligados a la felicidad de Atenas! ¡Cuán digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse a la seducción! ¿Con qué compararemos el pudor soberano de que se reviste, al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la república, jamás la había apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse a sí mismo?

Si no se encuentran aquí ni aquellos movimientos terribles encaminados a inflamar el corazón de la multitud, ni el colorido con que suele vestir sus ideas el que se propone principalmente agradar, ni los prestigios de imaginación que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en punto de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social antes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones, cuyo resultado inmediato es arrastrar a su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca más perjudiciales los encantos de la imaginación, que en aquellas situaciones difíciles en que el error, traspasando los límites de lo meramente especulativo, trasciende a la suerte de la sociedad: nunca más perniciosos los efectos inflamados del alma, que cuando ésta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente el ca-

mino del bien. Motivo y muy grande tendríamos para censurar al orador, si lo viésemos emplear estos medios en un discurso, que por su objeto, su importancia y naturaleza, pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado celoso no resiste a escuchar cualquier razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. «Para el corto número de aquellos, dice Buffon,

cuya cabeza es firme, cuyo gusto delicado, cuyo sentido exquisito, y que cuentan por nada el tono, los gestos y el vano sonido de las palabras, se necesitan cosas, pensamientos, razones: porque no basta herir el oído y ocupar los ojos, es indispensable conmover al corazón hablando al espíritu». He aquí caracterizado el estilo de Demóstenes y el excelente mérito de su arenga sobre la paz.

# Marfiles de CHINA

Dr. JUAN MARIN

EL elefante existió sin duda alguna, desde tiempos pre-históricos en las vastas llanuras calientes y cenagosas extendidas entre el Río Amarillo y el Yant-zé, al otro lado de las montañas circundantes del Asia Central, que constituyen lo que hoy es China. Restos fósiles encontrados en diversas provincias chinas así lo atestiguan. Más aún: el antepasado inmediato del elefante, una especie de mastodonte, existió ya en dichas llanuras, según lo prueban las excavaciones más recientes.

Simultáneamente con la historia de China, se inicia la historia del marfil. Muy tempranamente —tal vez cuando el mitológico Fu-Shi reunía los «seis animales domésticos» y descubría el «gusano de seda», tal vez cuando el semi-divino Chen-ning establecía las reglas fundamentales de la agricultura y exploraba las cualidades medicinales de las plantas, o tal vez aun, cuando

Huang-ti el «Grande» introducía la rueda en el transporte, y construía los primeros barcos y creaba el arte de la alfarería— el marfil hizo ya su aparición en las manos de los artifices imperiales. Una de las más antiguas reliquias históricas de China, es una pieza de marfil encontrada en el valle del Río Amarillo. Los más viejos broncees de Anyang en la Dinastía Shang (1175-1122 a. C.) muestran al elefante en sus finos motivos ornamentales.

Los sutiles «scholars» aseguraron a los Emperadores que la sustancia del colmillo de elefante era inferior solamente al jade de sus excelencias. Las tabletas con que los mandarines caracterizaban su rango, de marfil fueron hechas. El Emperador quiso tener un lecho de marfil y las diminutas cortesanas guardaron sus polvos de «rouge» y sus exóticos cosméticos en elaboradas cajas marfileñas.



Al cabo de un tiempo, el «stock» de elefantes mermó de tal manera que hubo que organizar expediciones a Burma, a la Indochina, a la India y aún al Africa (!) en busca del codiciado tesoro. Ya en tiempos de la Dinastía Sung se establecieron escuelas para el entrenamiento de los futuros orfebres de marfil. En ningún otro material de aquellos en que ha trababajado el artista chino, se han manifestado con mayor fuerza todas las cualidades que definen el alma de esta raza. Ni el bronce, ni el jade, ni el cuarzo, ni las maderas preciosas, ni la porcelana, se prestaban como el marfil para proyectar sobre él la minucia, la delicadeza, la ironía, el análisis, el panteísmo, el desprecio del tiempo, la religiosidad sin misticismo, la sensualidad y la feminidad del alma china. Cuando el Budhismo inundó el Imperio con su ola neo-mística, el marfil fué el vehículo en que sus dioses (Gautama, Kwan-ying, Amito-fú, etc.) se expresaron. Y cuando, bajo los Ming, floreció esa especie de Renacimiento Chino, sin par en toda la historia de Oriente, de marfil fueron las graciosas estatuillas que adornaban los altares, los místicos «lohan» de la contemplativa filosofía oriental.

Marfiles hay de muchas clases: el experto debe saber distinguirlos. Hay desde luego el marfil que no es marfil sino hueso, hay el marfil nuevo y que mediante ciertas técnicas se hace aparecer como viejo, hay el marfil fósil y el que no lo es, hay el marfil de elefante muerto por causa natural y el de elefante cazado recientemente, hay el falso marfil de animales marinos, etc. Hay también que saber diferenciar y no dejarse engañar por el marfil macizo (que es el de real valer) y aquel en que el

colmillo ha sido relleno con otras sustancias para hacer creer que es sólido de un bloque. Marfiles hay de color natural y otros artificialmente pintados. Hay el marfil quemado, de color amarillo teñido y el marfil blanquecino.

El chino, con su sentido práctico, no sólo aplicó el marfil a la creación del objeto de arte exclusivamente, sino que también hizo con él diversos artículos de utilidad práctica o de uso diario, como los «palillos» de comer («shop-sticks»), las piezas de «mahjong», de dominó y de ajedrez, etc. La testa impasible del Budha, encontró en el marfil su mejor ecuación. Y las esbeltas y gráciles mujeres de China, con su largo talle y sus hombros estrechos, pudieron ser admirablemente reproducidas en la línea ligeramente curvada del colmillo marfileño que se inclina hacia un lado, adelgazándose paulatinamente hacia su extremo. Es digno de admiración, verdaderamente, el partido que los artífices chinos han sabido sacar de la forma del colmillo para trazar sus figuras.

Piezas de marfil hay, que son maravillas de paciencia y finura. Se cuenta de algunas de ellas que ocuparon toda la vida de un hombre: son estupendos encajes, filigranas, bordados, ejecutados en marfil: algunas representan pagodas de 7 o de 13 pisos, otras juncos con sus tripulantes, otras simplemente una mujer con sus vestidos o la clásica «guerrera» con sus atavíos. Hay todavía, en este género, las célebres esferas intercaladas. Otras piezas son sobrias e inmóviles, plenas de serenidad, como el rostro del Budha.

Todas ellas muestran que el autor no sólo fué un artesano, sino también un artista.

J. M.

---



---

 NARRACIONES HISTORICAS
 

---



---

# EL SITIO DE SAN SALVADOR EN 1863

por el Profesor Gilberto Valencia Robleto, Director del Colegio "Renovación"

---



---

## I

**A**NTES de entrar en materia, comenzaremos por traer a la memoria ciertos sucesos históricos, que se relacionan con los acontecimientos que son objeto de nuestra narración.

Como bien se sabe, por nuestros historiadores, el año 40 dió Carrera su última derrota, en los alrededores de la capital de Guatemala, al apóstol del liberalismo, General Morazán, quien, en mala hora, pensó dirigirse a Costa Rica, para sucumbir con el Gobierno de Carrillo. Con motivo de ese triunfo que obtuvo Carrera, Cuatemala quedó, de hecho, disgregada de la Federación Centroamericana, por lo que más tarde se tituló, aquel Gobernante, «Capitán General Rafael Carrera, fundador de la República de Guatemala», cuya leyenda aparece alrededor de su retrato, en las monedas acuñadas, en Guatemala, desde aquella época. Desde entonces la Gran Patria quedó disuelta, sin que las nuevas generaciones hayan logrado, hasta ahora, reconstituirla, no obstante las vidas e intereses que se han sacrificado por la idea de la Unión, en la mayoría de los Estados Centroamericanos, sin alcanzar el éxito.

El año 44 es invadido el territorio de Guatemala, por los ejércitos aliados, al mando del francés General Sagé, habiendo sufrido una completa derrota, fuera de ser incendiado en una cañada que forma el río San José, en el punto La Arada, jurisdicción de Chiquimula, en el oriente, en cuyo lugar existe un *obelisco*, conmemorativo de aquella batalla sangrienta, que dió el triunfo a Carrera contra un enemigo superior, siendo entonces Presidente de El Salvador, el señor Vasconcelos. Desde aquella fecha memorable, Carrera, abrigaba sus odios hacia la vecina República. Más tarde, el año de 1862, ya por principios políticos, ya por ambiciones bastardas de preponderancia, o ya por el espíritu de represalias, se arraigaba el antagonismo entre el Gobierno conservador del Capitán General Rafael Carrera, y el Gobierno liberal del Capitán General Gerardo Barrios, pues siendo ambos gobernantes de ideas heterogéneas, no podían caminar en armonía, y más bien el espíritu de la discordia crecía, porque cada uno de ellos, tenían elementos poderosos que atizaban el fuego de las pasiones, al extremo de que, en Enero del siguiente año, quedaran rotas las relaciones internacionales, y como consecuencia ló-

gica, cada uno se preparaba para la guerra ineludible. A fines del mismo mes, (el 25), declaró Carrera la Guerra a El Salvador, la que aceptó Barrios, porque estaba bien listo, tenía bastante parque y jefes de gran nombradía. El 12 de Febrero de 1863, invadió Carrera a esta República, simultáneamente, por Atiquizaya, Chalchuapa y Metapán, con un ejército de 6900 hombres° de infantería, 36 baterías de buena artillería y 6 escuadrones de caballería. En este ejército figuraban los artesanos de la capital. Después de vencer la poca resistencia que hicieron las poblaciones invadidas, en la que hubo muy pocas bajas, Carrera ocupó la ciudad de Santa Ana, sin resistencia, porque antes la habían evacuado los ejércitos salvadoreños, reconcentrándose en Coatepeque, en donde se atrincheró inexpugnablemente.

Esta población está situada a cuatro leguas de Santa Ana, y en el centro de ella pasa el camino real para San Salvador. Su posición topográfica es demasiado estratégica por la irregularidad de sus calles y ciertas colinas que la embellecen y hacen inexpugnable la plaza. Por otra parte, sus terrenos son extensos y fecundos, y por la abundancia de sus productos, es la que más abastece en provisiones a la legendaria ciudad de Santa Ana, cuna de muchos héroes y talentos en la diplomacia y en el foro; por lo que de antaño se la considera como la metrópoli de Occidente.

## II

El día 22 del mismo mes, a las cinco de la mañana, atacaron los ejércitos guatemaltecos la plaza de Coatepeque, empuñándose una lu-

cha titánica, cuyos fuegos se extendieron en todos los campos, alrededor de aquella población inexpugnable. Se lanzaban sobre las trincheras, como indomables fieras; pero la bravura y altivez con que peleaban los valientes defensores, con un valor estoico, lejos de ceder, causaban enormes bajas al enemigo.

Durante todo el día la batalla fué reñidísima, perdiendo Carrera más de 1600 hombres. Al día siguiente, en la madrugada, se reanudó el combate, con más furor y encarnizamiento, suspendiéndose los fuegos hasta las ocho de la noche. Esta batalla fué más desastrosa que la anterior; disputándose, entre ambas partes, el triunfo, que quedó de parte de los defensores, teniendo los guatemaltecos más de 2300 bajas que lamentar; figurando entre ellos, muchos jefes importantes, de renombrada fama como valientes guerreros. Por último, el día 24, más fatal para Carrera, desde la diana, se empeñó la batalla más sangrienta de aquella epopeya, estando ya reducidos y agotados sus ejércitos. A las tres de la tarde sufrieron la más tremenda y completa derrota; sin tener tiempo de levantar del campo a los heridos: siendo aquélla una verdadera hecatombe. Se avanzaron a los guatemaltecos muchas banderas, cañones, rifles, espadas, clarines, municiones, pistolas de dos cañones, acémilas y varias cajas de dinero en metálico, y muchas provisiones; habiéndose celebrado esta heroica victoria con la tradicional diana de las bandas, clarines, tambores y los alegres repiques de las campanas, que infundían en el ánimo de los ejércitos, la más desenfadada alegría, vivando a la Patria y a los denodados y heroicos Jefes. Esta batalla llenó de gloria y de laureles inmar-

cesibles a los eximios Generales Gerardo Barrios, Eusebio Bracamonte, Santiago González, Máximo Jerez, Trinidad Cabañas, Valle, Medinita, Córdoba, y otros muchos Jefes de notable valor, brillando sus espadas en el fragor de los combates: lo mismo que a los valientes soldados que, impulsados por los sentimientos del patriotismo, supieron defender aquel campo de honor mancillado por el invasor, no lamentando más que la pérdida de los connotados Generales Merlos, Orellana, Valdés y Castillo; algunos Coroneles, Capitanes y 1859 de clases. En todos los campos de batalla, regados con la preciosa sangre de los valientes guerreros, yacían, como alfombras rojizas, amontonados, amparados en sangre, los cadáveres putrefactos de más de 5500 guatemaltecos, y de los salvadoreños que sucumbieron, con gloria y heroísmo, en holocausto, en aras de la patria.

El General Carrera, en vista del gran desastre sufrido, estaba contrariado y tristemente decepcionado, protestando vengarse hasta colocar al doctor Dueñas en la Presidencia de El Salvador. Así volvió a Guatemala con el poco ejército que le quedó, ya aniquilado y abatido, y apesadumbrado por los que quedaron en los campos, los miles de sus compatriotas y deudos. Llegan a aquella capital en donde, lejos de ser recibidos con ovaciones y entusiasmo, no encuentran más que la desolación, la tristeza, el pesar y el luto general de tantas madres, viudas, hermanos y huérfanos a quienes Carrera consolaba; deplorando la fatalidad del destino, les prometía ayudarles en sus necesidades, tan pronto se restableciera la paz. Mientras tanto se ocuparía en vengar la sangre derramada por los va-

lientes hijos de la Patria, que cumplieron con su más sagrado deber como verdaderos patriotas.

Carrera siempre animado del espíritu fatal de la venganza, seguía adelante la idea. Sus primeras disposiciones, además de los depósitos de armas en los almacenes del Palacio y el Castillo de San José, fueron pedir, por medio de los Cónsules en Estados Unidos de N. A., un nuevo armamento, ordenando que fuera despachado inmediatamente; y a todos los Corregidores Departamentales previno, de la manera más terminante, el reclutamiento general sin excepción, inclusive hasta los indígenas que hacían siempre un importante papel en las campañas, porque, al lomo de ellos, se conducía en caminos no carreteros, y aun a los lugares inaccesibles, los cañones, rifles y parque, y las provisiones, lo mismo que las ambulancias y demás equipos necesarios de la guerra. También ordenó la organización de los cuerpos militares, conforme a la ordenanza, y la instrucción en el manejo de las armas a los bizoños, verdaderos reclutas.

### III

La batalla de Coatepeque es una de las más memorables en la historia de El Salvador, por lo sangrienta y por sus heroicos defensores que, como verdaderos hijos de Marte, supieron cumplir con su sagrado deber, peleando con todo el ardor y el sentimiento del más acendrado patriotismo.

Al suspenderse los fuegos y darse por terminada la gran jornada, se levantó el campo de batalla, incinerando y sepultando los cadáveres hacinaados; presentando todos aquellos campos un cuadro horripí-

lante, sombrío, aterrador; viéndose, doquiera, los miembros de cuerpos; cabezas, brazos, piernas, fragmentos de cráneos, confundidos con las armas, y uniformes destruidos y amalgamados en los fangos de sangre coagulada, en estado insoportable de corrupción, que infundía pavor y pesadumbre a los supervivientes, en medio del entusiasmo por la victoria, en presencia de sus camaradas y compatriotas, que habían sucumbido con gloria, desapareciendo de la escena de la vida.

El día 27, a las nueve de la mañana, salieron de Coatepeque los ejércitos victoriosos, con sus bizarros jefes a la cabeza, para San Salvador. Durmieron ese día en El Sitio del Niño, al día siguiente siguieron la marcha para Opico y Quezaltepeque, en donde recibieron las más entusiastas ovaciones. A las 7 de la mañana del 29, salieron de Quezaltepeque para la capital, que estaba preparada para hacerles un suntuoso recibimiento.

Al pasar por Nejapa, fueron objeto de muchos festejos y, continuando su marcha, llegaron a las once a Mejicanos, desde donde habían arcos triunfales hasta el centro de la capital, que estaba toda engalanada. En toda esa calle, pletórica de gente, de todas las clases sociales, había además de la arquería, alfombras de flores matizadas, dando todo aquello una vista encantadora. En el primer arco de la plaza de Mejicanos, estaban dos bellas jóvenes, elegantemente ataviadas, las que, al pasar el General Barrios, lo coronaron; acto solemnizado con las alegres dianas y los más entusiastas vivas y repiques. Al ingresar a la Capital fué nuevamente coronado, lo mismo que los heroicos generales que, con su valor y pericia militar, contribuyeron a

dar el triunfo decisivo, sobre sus enemigos invasores. La ciudad toda ardía de entusiasmo y júbilo; las campanas de todas las iglesias al vuelo; las dianas, las salvas de artillería, la coetería, los más frenéticos vítores a los héroes, a los victoriosos. (y muera al indio Carrera, muera a los chapines, asimilando en parte esa alegría del pueblo salvadoreño, con la alegría desenfrenada de París en la Comuna. Ese día 29 y 30 hubo banquetee y bailes oficiales y particulares.) Durante ocho días de fiesta, declarados, para que el pueblo celebrara, con expansión y regocijo, los triunfos de Coatepeque, se tuvieron en exhibición, en la plaza principal, todos los trofeos de guerra avanzados al enemigo; y a los pocos días dió libertad, el General Barrios, a los prisioneros, dándoles recursos para que regresaran a su patria; haciéndoles custodiar hasta las fronteras, para ponerlos a salvo de los peligros que corrían en el territorio.

Como nada es estable, todo fué pasando, calmándose los ánimos para volver a la vida normal y procurar recuperar las pérdidas materiales causadas por la guerra, tanto al gobierno como a las distintas esferas sociales. Así las cosas marchaban, cuando, en el mes de Junio del mismo año, tuvo noticias verídicas el General Barrios, de que el General Carrera se alistaba para una nueva invasión. Desde entonces comenzó a dictar disposiciones, a fin de alistarse para no ser sorprendido. Sin embargo de contar con tropa disciplinada, valientes y adictas, resuelta a morir a su lado, especialmente las de San Miguel, Usulután, Sensuntepeque y Cojutepeque, sabía también que había muchos elementos poderosos en su contra, a favor de

la causa de Dueñas, entre ellos muchos capitalistas de los departamentos de Occidente y Setentrión, que estaban en Guatemala. Por otra parte no contaba con aliados, porque, si era verdad que colaboraban con él importantes candidatos de las vecinas Repúblicas, esta vez, Honduras sería neutral, y Nicaragua era considerada como enemiga, puesto que varias veces había mandado auxilios a Jerez, para invadir a Nicaragua. Todo esto le hacía entrever al General Barrios, un horizonte muy nublado en la futura campaña, cuya tempestad consideraba difícil de conjurar.

#### IV

En los primeros días del mes de Julio del mismo año, el General Carrera recibió, de los Estados Unidos de América, el nuevo armamento, que se componía de cañones rayados, carabinas de fulminante con bayonetas, espadas, tambores, clarines, instrumentos musicales, parque y fornituras. Desde entonces, no abandonando la idea de la represalia, comienza, con toda actividad y energía, a equipar y organizar los ejércitos en todos los departamentos de la República. A mediados del mismo mes marcharon a la Capital las tropas de Huehuetenango, San Marcos, Retalhuleu, Quezaltenango, Mazatenango, Totonicapán, Sololá, Quiché, Chimaltenango y Antigua; siendo las dos terceras partes de estos ejércitos, indígenas, valientes como legendarios guerreros, que no temían la muerte, en particular los de Solomá, Santa Eulalia, Chantla, Quiché, San Cristóbal, El Alto, Salcajá, Zunil y San Pedro de San Marcos, armados, en su mayor parte, con es-

padas, de que hacen uso en sus bailes de disfraces tradicionales en ciertas fiestas.

Las primeras tropas que desfilaron fueron las de Salamá y Zacapa, que unidas debían operar al mando del General Valdez, los que acantonaron en la Concepción, de las minas de Alatepeque. Dos días después siguieron a Anguiatú, con orden de tomar Metapán el día 25, y seguir al Dulce Nombre, departamento de Chalatenango, para continuar después de invadido el país, a Apopa, donde esperaba órdenes. El 12 salieron de los Altos las tropas que estaban en la Capital, para los diferentes pueblos fronterizos. El 16 salieron las tropas de Chiquimula y Jalapa, para invadir, por Metapán, el 25 y seguir a Santa Ana. El 20 salió Carrera de la capital, con una gran comitiva y las tropas capitalinas, antigüeñas y amatitanecas. Al llegar a Jutiapa, hizo distribuir los ejércitos en toda la línea fronteriza, con orden de invadir el territorio salvadoreño el día 25. Las tropas de Jutiapa y Santaroseñas, salieron, vía Asunción Mita, para invadir por Candelaria; y de La Parada, tomar las alturas que dominan Santa Ana, muy inmediato.

En esta nueva invasión traía el General Carrera, como principales jefes, a los denodados Generales de División: Cerna, Zavala, Cruz, (Serapio), Bolaños, Lorenzana; Brigadieres, Alcántara, Solares, Valdez, Monterrosa, Orellana y Gándara; y a los valientes Coroneles Godoy, Cuevas, Pimentel, Madrazo, Molina, Solares, Rascón, Sandoval, Martínez, César, Mendizabal, Vargas, Barrutia, Jirón, Trejo, Medina, Balcácer, Almendares, Ortiz, Dardón, Morales, Ríos, González, Mendoza, Echeverría, Contreras, Velázquez, Franco,

Quiñónez, Vásquez, Vidaurre, Milla, Cordero, Azmitia y otros más, que no es posible traer a la memoria.

Las tropas de Chiquimula y Jalapa estaban al mando del General Alcántara, 6.000 hombres, la mayor parte altenses, despachó a Chingo, al mando de los Generales Bolaños y Monterrosa, para atacar el día señalado a Chalchuapa y seguir a Santa Ana. El 23 salió Carrera para Jalpasagua, con todo el resto del ejército, en donde durmió esa noche.

Al día siguiente, 24, a las nueve de la mañana, salió Carrera con el ejército, llegando al Pazo como a las cuatro de la tarde. Allí durmieron y al día siguiente, 25, a las cinco de la mañana, atravesaron el río, y a poca distancia comenzaron los fuegos con las trincheras enemigas que estaban en los llanos del lado de Atiquizaya y Ahuachapán, cuyos defensores, no resistiendo el empuje feroz de los chapines, las desocuparon y huyeron en el más completo desorden, avanzándose armas, unas 6 piezas de artillería y parque.

El día 25, invadió Carrera el territorio salvadoreño, por seis diferentes puntos, simultáneamente, con más de 18.500 hombres. El General Solares atacó la plaza de Atiquizaya con 1.000. Después de vencerla, siguió por Turín y Doña Juana para Almachapán. Carrera atacó esta ciudad, no durando más de seis horas el combate, quedando la plaza en poder de los invasores. En la ciudad de Santa Ana, plaza fuerte, estratégica, con más de cinco mil hombres salvadoreños de lo más florido de los ejércitos del General Barrios; plaza que estaba a cargo del General Santiago González, quien, al presentarse el enemigo por varios puntos, y de acuerdo con el Doctor Dueñas, traicionó infamemente al General

Barrios, que se hizo al lado de Carrera, entregando la plaza a los Generales Cerna, Bolaños, Monterrosa y Alcántara y él se dirigió a Ahuachapán, con un grupo de oficiales que lo siguió. El General Cerna fué el primero que llegó, el día 25, a menos de un kilómetro de la ciudad, con su ejército de Chiquimula, y Jalapa, del lado de Metapán. Había la circunstancia de ser, González y Cerna, paisanos, porque ambos eran de Chiquimula y muy íntimos amigos. Fundado en eso, le mandó a invitar para una entrevista a solas, a lo que González, inmediatamente accedió. Después de leer las cartas que le presentó de Dueñas y Carrera, y de la conferencia que sostuvieron entre ambos, decidió González, entregar la plaza, sin ninguna resistencia. En consecuencia de esa fatal traición, parte de las tropas se desarmaron y otras muchas huyeron con armas para el volcán. Esta acción fué un golpe terrible para Barrios, quien, indignado, creyó perdida esperanza de triunfo sobre su enemigo, y en medio de la más triste decepción y contrariedad, se revistió de ánimo, arengó a sus valientes defensores que le rodeaban, les manifestó la vil traición del General González, la disolución de aquel ejército que defendía Santa Ana, y les dió valor para que defendieran los caros intereses de la patria amenazados por los invasores y traidores, pues viéndose débil, apelaría a la paz, siempre que las condiciones no fueran humillantes. Pero que si ésta no se conseguía, habría que apelar a la lucha hasta rechazar al enemigo o morir con gloria en el campo del honor.

El general Carrera, el doctor Dueñas, el general González, y todos los demás generales y notables de Santa

Ana, Sonsonate y Santa Tecla, celebraron en Ahuachapán el triunfo obtenido en Santa Ana, con la traición de González. Después de unos días de permanencia en aquella ciudad, salieron para Sonsonate, yendo González como *cicerone* de Carrera, dejando en Ahuachapán, 500 hombres, con orden de observar la disciplina y no cometer ningún desafuero en la ciudad. En Apaneca habían algunas tropas de San Pedro Puxtla y Guaymango que, al llegar la caballería, lejos de presentar acción, huyeron despavoridos al cerro y las cañadas. Continuando la marcha, al llegar a los pueblos indígenas los Escuadrones de caballería lanceros, se espantaban y huían de manera que, sin ningún estropiezo, pasaron Salcoatitán y Nahuizalco. Aunque el camino estaba malo, cuatro Escuadrones de Caballería, con retaco y lanzas, a las tres de la tarde llegaron a Sonsonate. Las avanzadas de la entrada rompieron fuego, pero como a la hora y media llegó refuerzo de infantería, quedando la plaza, a las seis de la tarde, en poder de los invasores; habiendo bajas pocas de una y otra parte. A las siete de la noche ingresó Carrera con su gran comitiva y el grueso del ejército, siendo alojado con Dueñas y algunos generales en casa del doctor Darío Mazariegos. Otros notables y Jefes se alojaron donde don Joaquín Malthé. Al tercer día salieron los ejércitos con Carrera, para Izalco, dejando en Sonsonate 300 chapines. Después de una hora de estar en ese pueblo, donde fueron ovacionados Dueñas y Carrera, continuaron la marcha para Armenia. Allí durmieron, alojándose Carrera y comitiva en la casa cural y el cabildo. A las cinco de la mañana levantaron el campo los ejércitos y se dirigieron a Ateos; y dos horas

después, salió Carrera y comitiva, habiendo llegado a las ocho de la mañana. En cuanto llegaron a este lugar, Carrera despachó 4.000 hombres, artillería, dos Escuadrones de caballería y muchos pertrechos de guerra, para tomar la plaza de Santa Tecla, que se consideraba fuerte. Estos ejércitos iban al mando de los generales Lorenzana y Orellana, habiendo ido por el camino de El Guarumal. Carrera continuó su marcha, con el resto del ejército, para El Sitio del Niño, donde llegaron a las cuatro de la tarde del propio día. Allí se juntó Carrera con los generales Cerna, Bolaños y Alcántara con 800 hombres, que el día anterior habían llegado, procedentes de Santa Ana; habiendo quedado en aquella plaza 1.000 hombres a cargo del general Monterrosa. Al día siguiente, 25 de septiembre del mismo año, a las siete de la mañana, salió Carrera de El Sitio del Niño, con más de 1.000 hombres para Opico, en donde almorzaron, y tres horas después de llegados, siguieron la marcha para Quezaltepeque.

El general Valdez, que ya estaba en Apopa con sus dos mil hombres, se le comunicó la orden de que, el 27 en la tarde, acantonaría en las cercanías de Aculhuaca. El general Carrera, el día 26 pasó revista a su ejército y dispuso, dejar 6.000 hombres al mando de los generales Bolaños y Alcántara, para que al día siguiente, salieran para ocupar las cercanías de Mejicanos y Cuscatancingo, y con algunas piezas de artillería ocuparan las alturas de Ayutuxtepeque, con instrucciones de que, en caso de efectuarse el sitio, rompieran los fuegos, cuando éstos hubieran comenzado por el lado de Candelaria y el Cementerio.

Ese mismo día 26, salió Carrera



con su ejército, a las 2 de la tarde para Santa Tecla, atravesando por encima el Volcán de San Salvador. Los que iban más inmediatos a Carrera, eran el doctor Dueñas, generales Zavala, Cerna, Cruz y González. A las cuatro de la tarde, en que estaban en la cima del Volcán, se pararon a contemplar la vista panorámica que presenta todo el radio de la ciudad y sus dominantes alrededores, al lado de San Jacinto y el Volcán. Minutos después, como pensativo, dijo Carrera:

—«Quien ve ahora esa bonita ciudad y la vea de aquí a un mes, convertida en ruinas».

A lo que contestó sonriente el Dr. Dueñas:

—«Pero, general, según el decir, sobre los escombros viene el progreso».

—«¡Bravo, bravo! — dijo el general Zavala — eso merece un trago».

Y pronto se presentaron las botellas y las copas, y tomaron todos *a la salud de la destrucción futura de aquella hermosa Capital*. En seguida deliberaron y convinieron todos en los puntos dominantes que debían ocupar para el Sitio, de lo que tomaron nota los generales. Luego tuvo la fresca ocurrencia, el general Cruz, de hacer colocar una pieza de largo alcance en un boquete de la cúspide, y al dispararla hacia el pie de San Jacinto, dijo:

—«Ahora vamos a ver el efecto que produjo en la ciudad».

Todos ocurrieron a sus anteojos de larga vista. A los pocos minutos se notó un movimiento inusitado: los habitantes salieron de sus casas, las tropas corrieron por las calles a ocupar sus cuarteles y trincheras, causando un verdadero alboroto en aquella ciudad, que estaba destinada

a sufrir las funestas consecuencias de la guerra!

Pasados esos episodios siguieron su marcha de descenso, llegando a Santa Tecla, a las seis de la tarde del mismo día, habiéndoseles hecho una magnífica recepción por todos los partidarios del doctor Dueñas.

Cuando llegaron a Santa Tecla, tres días antes, los generales Lorenzana y Orellana, con sus ejércitos, había en esa plaza 500 salvadoreños; pero al romper los fuegos, los chapines que lograron avanzar por varias calles, los salvadoreños, esta vez, no resistieron al empuje de sus enemigos, y optaron por hacer fuego en retirada, reconcentrándose en San Salvador. Así quedó la ciudad en poder de los guatemaltecos, siendo la mayoría de sus habitantes de más valer, partidarios del doctor Dueñas, como eran Guírola, Orellana, Duke, Gallardo, los Sol, Cáceres, Olivares, Alcaine, Liévano, Escalón, Dubón y los generales Choto, que más tarde fueron el terror de la Administración del doctor Dueñas.

El día 27, a las 7 de la mañana, salieron de Santa Tecla, los generales Lorenzana y Solano, con 4.000 hombres, 12 piezas de artillería de largo alcance (2 baterías), mucho parque y provisiones para ocupar las alturas de los Planes de Renderos y San Jacinto, con instrucciones de que, al comenzar los fuegos al lado de Candelaria, rompieran sus fuegos de artillería, dirigiendo sus disparos sobre los cuarteles y trincheras, principalmente, para debilitar al enemigo.

V

Los acontecimientos más sensacionales de esta apoteosis se desarrollaban, y para mejor sabor de

nuestros lectores, narraremos en este capítulo, una escena, hartamente curiosa, que tuvo lugar el día 29, y fué nada menos, que el fracaso de los tratados de paz.

El General Barrios, en aquel entonces, apenas contaba con 3.500 valientes defensores, en su mayor parte, artesanos de la Capital, que dieron el triunfo de Coatepeque. Aunque estaba bien atrincherado y esperaba refuerzos de Oriente, también se sabía que el enemigo era poderoso y que los ejércitos estaban ya cerca de los alrededores de la ciudad. Era, pues, muy crítica la situación para el General Barrios; y, en la Capital, tanto los Consejeros de Estado, como sus amigos y notables de la Ciudad, lo excitaban para que evitara el Sitio y celebrara la paz, con el fin de que no hubiera más derramamientos de sangre infructuosamente; porque tenía todas las probabilidades de perder, tanto por la traición de González, como porque el país estaba agotado con dos guerras consecutivas. Así las cosas, el General Barrios mandó un portapliegos a Carrera, el 28 a las 10 de la mañana, en cuya nota le proponía aceptar un armisticio, para tratar de las bases de paz el día siguiente, a las diez de la mañana; designando, como punto neutral para la reunión, La Ceiba. El General Carrera contestó, cortesmente: «Que aceptaba con gusto su invitación y que se complacería mucho en que tuvieran feliz resultado las negociaciones de paz».

Aceptada que fué la invitación por el General Carrera, el mismo día 28, el General Barrios nombró una comisión compuesta de señoras y caballeros, para que se encargara de los preparativos y arreglos convenientes de aquel lugar.

A las 6 de la mañana del 29, día en que tendría verificativo la reunión, llegaron a la Capital, por la Garita, 3.600 hombres de San Miguel, San Vicente y Cojutepeque. Este refuerzo alentó el espíritu de aquel exímio guerrero, haciendo ya un total de 7.100 soldados defensores, en quienes tenía plena confianza de la salvación de la Patria.

A las 6 de la mañana hizo desfilar sus ejércitos Carrera, los que formaron valla, de Santa Tecla a La Ceiba, al mando del General J. Víctor Zavala; quedando, la banda de música y el pabellón guatemaltecos, en La Ceiba. En el mismo orden formó el General Barrios sus ejércitos, entre San Salvador y La Ceiba, al mando del General Eusebio Bracamonte, colocando también en La Ceiba, a la cabeza del ejército, la banda de música y el pabellón salvadoreño.

A la hora señalada, y casi a un mismo tiempo, se presentaron al lugar los dos Presidentes beligerantes, con sus respectivas comitivas, en elegantes cabalgaduras, a quienes las bandas los recibieron con toques de ordenanza.

Aquel lugar presentaba una vista encantadora. Las grandes ramas de La Ceiba y los alrededores, estaban profusamente adornados con el más exquisito gusto, figurando, entre la multitud de adornos, hermosas coronas, cortinajes de damasco, purpúreos gallardetes y grandes banderas nacionales, en postes vestidos de ciprés y pino, colocados todos en forma de un círculo, con colgaduras entre uno y otro poste. En el centro de este círculo descollaba una lujosa mesa de veinte varas de largo, con nítidos manteles, en la que habían hermosos y perfumados bouquets, en lujosos floreros; abundancia de

copas champañeras y en el centro unos papeles, como de protocolos, tinteros, plumas (entonces de ave) y salvaderas, conteniendo arenilla. Para hacer más significativa la escena de nuestros anfitriones, se sentó Carrera a la cabeza de la mesa al lado de Santa Tecla, con su comitiva, que la integraban, el doctor Dueñas, los generales Cerna, Cruz, Gándara, González y muchos notables de Santa Ana, Ahuachapán, Sonsonate y Santa Tecla. El General Barrios, al lado de San Salvador, con su comitiva, que se componía de Ministros de Estado, algunos Diputados, los generales Jerez, Cabañas, Alvarado, Orellana, Vigil, Zúniga, Medina, Bográn y algunos notables capitalinos. Se procedió a las primeras copas del espumante champagne, amenizándolas con alegres dianas, habiéndose pronunciado brindis entre ambas partes, por la paz y el bienestar de los pueblos, demostrando, con frases elocuentes y fraternales, la conveniencia de evitar mayor derramamiento de sangre, porque las consecuencias de la guerra serían desastrosas y funestas, que harían retroceder a los pueblos, lejos de avanzar en las vías del progreso; por lo que, antes de apelar a la guerra debían ponerse los medios de evitarla, deponiendo cada cual, sus odios y rencillas que abrigaran, tratando la cuestión como hermanos de un mismo origen, raza, lengua, y vecinos inmediatos en el Istmo. En estas deliberaciones de expansión y fraternidad, pasaron como dos horas, y en un momento de silencio, se puso de pie el General Barrios, a lo que correspondió Carrera, parándose cuadrado, con las manos sobre la empuñadura de su espada, lo hicieron a su vez todos los circunstantes, y en alta voz, el General Barrios dijo a su

antagónico:

—«General Carrera, ¿cuáles son las bases de paz que usted propone?»

Carrera, llanamente, contestó:

—«Son muy sencillas, General Barrios: entregar el Poder al Doctor Dueñas (señalándolo), desarme del ejército e indemnización de guerra».

Estas palabras estallaron en el General Barrios, como descargas eléctricas, quien, frenético e indignado, se dirigió a Carrera en actitud amenazante; pero pronto lo contuvieron sus leales amigos, Generales Jerez, Cabañas, Medina y Bográn.

El General Carrera, impávido y firme en su misma posición, dijo, al despedirse, al General Barrios:

—«¡Calma, General!, no hay que ahogarse en tan poca agua; si no convenís con mis bases, ocupemos cada uno nuestros puestos, para medir nuestras espadas!»

Aquel momento fué un verdadero conflicto, exaltándose todos los ánimos, de uno y otro bando: las tropas se desmoralizaron, gritando los salvadoreños: ¡Viva Barrios! ¡Viva El Salvador!

En honor de la verdad, es de suponer, con justicia, que al General Barrios, no le indignó tanto la presencia de sus enemigos, Carrera y Dueñas, sino la presencia del traidor González, en quien había depositado su mayor confianza y su traición, era la única causa por la que perdía sus glorias El Salvador, sucumbiendo ante el poder de su enemigo.

El General Barrios, reconcentró sus ejércitos a la Capital y, desplegando toda energía, cubrió todas las entradas y boca-calles con trincheras y barricadas impenetrables de la ciudad. En la orden general de campaña, del 29 al 30 de Agosto de aquel año, establecía el servicio de defensa de la Ciudad, en esta forma:

El General Bracamonte con 1,000 hombres, al lado de Candelaria y Cementerio; el General Castillo, con 500 soldados, al lado del Volcán; los Generales Jerez y Medina, con 1.500 hombres en las entradas de Mejicanos y Cuscatancingo, puntos importantes de defensa, poque en ese lado estaba el grueso del ejército chapín; los Generales Bográn y Barahona, en la Garita, entradas del Oriente y Chalatenango; el General Vigil, con 500, en San Jacinto, en la entrada de San Marcos, y el General Alvarado, con 300 hombres, en la entrada de las Lomas de Panchimalco, quedando atrincheradas, estas últimas tropas donde hoy ocupa el Asilo Sara. Así quedó la Ciudad bien defendida, por todas sus entradas, con Jefes de nombradía y valientes soldados.

El día 30, el General Carrera despachó al General Cerna, como Jefe de Operaciones de las tropas de Mejicanos y Aculhuaca, con su Estado Mayor, 2.000 hombres y artillería pesada y un escuadrón de caballería, que debía ocupar las alturas dominantes en la falda del Volcán, al lado que hoy ocupa el Hospital Rosales y el Hipódromo, llevando suficiente parque y provisiones. Salieron de Santa Tecla por el Cementerio y El Espino, valiosa finca del Dr. Dueñas, siguiendo por las faldas hasta llegar a sus puestos: Dos horas después el General Carrera hizo desfilar a los Generales Cruz y Gándara con 2.000 hombres y un Escuadrón de Caballería, suficiente parque y provisiones, para ocupar las proximidades de la Ciudad al lado de Candelaria, a la entrada de La Libertad y Santa Tecla y al lado del Cementerio, con orden estricta de romper los fuegos al día siguiente, a las cinco de la mañana. Este día llegaron a Aculhuaca las tropas del General

Valdez, y las de los Generales Solares y Monterrosa ocuparon Mejicanos; de manera que a las seis de la tarde, estaba la ciudad de San Salvador, encerrada completamente por las armas enemigas.

El día 1° de Octubre comenzó el Sitio a hacer sus estragos sobre la Ciudad. Después de la diana, a las cinco de la mañana, se rompieron los fuegos mortíferos de la artillería de las alturas de San Jacinto, de las faldas del Volcán y de algunas piezas, de largo alcance, colocadas en las alturas de Ayutuxtepeque. Aquello era horrible: se oía el choque de la multitud de balas, en los techos, en las paredes, en las torres de las iglesias que se derrumbaban sin compasión. Aunque en días anteriores, familias acomodadas y de mediana clase habían desocupado la ciudad, pero las familias pobres apegadas a sus míseras labores, habían quedado dentro en su mayor parte, siendo muchas de ellas víctimas de aquel cataclismo. Al día siguiente los fuegos se hicieron generales y más vivos: la batalla de la infantería del lado de Candelaria y el Cementerio, fué sangrienta, contándose muchas bajas de una y otra parte, y mientras más días, más desastroso era el ataque de los sitiadores. El 10, murió con mucha gloria, el heroico General Bracamonte, defendiendo el punto del Cementerio, muerte que fué una pérdida muy sentida para el General Barrios, por ser Bracamonte uno de sus mejores amigos y de sus mejores espadas. El General Orellana lo repuso, quien también peleó con denuedo y bizarría. Los Generales Jerez y Medina, se sostenían y rechazaban heroicamente los sangrientos ataques del enemigo del lado de Mejicanos y Cuscatancingo y a su vez lo hacían

los invictos Generales Bográn y Barahona en La Garita.

El 20, el anillo del Sitio se estrechó más; los fuegos eran más nutridos y sangrientos y aunque los valientes defensores peleaban como verdaderos espartanos, con todo el ardor del patriotismo, ya se les iba escaseando el parque. Las provisiones y la lucha, en tanto día de Sitio también la iba debilitando físicamente.

Carrera estaba con parque, bagajes y provisiones, para muchos meses de Sitio, tal era su abundancia. Además de la inmensa cantidad que trajo de Guatemala, tenía todos los pertrechos de guerra de Santa Ana, Ahuachapán, Sonsonate y Santa Tecla, así como también las provisiones, pues los mismos departamentos mandaban grandes cantidades de todos los pueblos, que conducían los indios diariamente a Santa Tecla, de donde se enviaban diario a los sitiadores. También las tropas del General Valdez se hacían llegar provisiones de Soyapango, Ilopango, San Martín y Tonacatepeque, y a las tropas de las alturas de San Jacinto, los Planes de Renderos y lomas, les llegaban a San Marcos, Santo Tomás, Panchimalco, Santiago Texacuangos y Olocuilta.

El 23 dió orden el general Carrera de activar los fuegos hasta entrar a la Ciudad, ofreciendo dos días de saqueo incondicional: por lo que los combates sucesivos fueron tremendos, la mortandad era mucha, la Ciudad ardía bajo aquella lluvia de balas; era todo una verdadera hecatombe, la ruina completa. El día 26, aunque peleaban los defensores con un valor estoico y abnegado, ya no tenían resistencia, casi tres días sin

comer, agotado el parque y casi toda la ciudad sujeta al hambre y los estragos que causaba el enemigo. En estos últimos días fué tan reñido el combate, que la ciudad, situada en una hondonada, de día no se veía más que como una hoguera de humo, en estado lamentable. Ya este día los defensores contestaban el fuego muy débilmente, por lo que el general Barrios, como a las seis y media de la tarde, reunió a sus leales generales, escogió 800 hombres entre sus más adictos, comunicando al resto del ejército que se salvase como pudiera, y él, con sus generales y 800 hombres, a las siete y cuarto de la noche, salió de la ciudad rompiendo las líneas enemigas al lado de Mejicanos, haciendo fuego en retirada y tomando los llanos de El Angel, siguió la ruta de Apopa, Tonacatepeque, San Martín, Cojutepeque, San Vicente, San Miguel y La Unión. En todos estos lugares tuvo serios encuentros con el enemigo que le aniquiló dos divisiones en su persecución, sin darle alcance. En San Miguel, donde le quedaban algunos partidarios, por ser nativos de allí, lo instaron para que se quedara; pero, comprendiendo que era una imprudencia su permanencia en el territorio, se conformó con dejar allí el resto de tropa que le quedaba y siguió la marcha para La Unión, en donde, a pesar de estar ya preparada esa plaza por los dueñistas, burló la vigilancia y se embarcó, en la noche del día 29 de Octubre, para Costa Rica, con los Generales Jerez, Cabañas, Bográn, Alvarado, Medina, Zúniga y Vigil. Esta ha sido una de las más brillantes retiradas que registra la historia de la América Central.

## VI

Trataremos ahora, ligeramente, de las funestas y desastrosas consecuencias del memorable Sitio.

El día 25 en la noche, con motivo de la evasión del General Barrios y sus acompañantes, por el lado de Mejicanos, hubo algunos trastornos en las filas sitiadoras, por haberlo seguido, haciéndole fuego, hasta los llanos del Ángel, lo que dió lugar a qué la mayor parte de las tropas también se evadieran por ese mismo lado, yéndose a refugiarse, mientras amanecía: unos a Paleca, y otros a Nejapa, Quezaltepeque y al Volcán.

Cuando el General Barrios salió de la Capital, ésta quedó enteramente aniquilada: muchos muertos en el fondo de las trincheras y, por doquiera, que no habían tenido tiempo de enterrar. Los hospitales de sangre, plétóricos de heridos, en su mayor parte moribundos, por la falta de asistencia médica y de alimentos. Los templos, edificios públicos y casas, muchos en ruinas; todo aquel cuadro de desolación presentaba un aspecto fúnebre y lóbrego, que evocaba la más profunda tristeza.

El día 27, a las 5 de la mañana, cuando todas las trincheras y barricadas estaban abandonadas, en las que sólo se veían cadáveres corrompidos, en medio de charcos de sangre coagulada, entraban a la ciudad, ávidas de desorden, las hordas chapinas; arreaban las banderas blancas que había en las casas y edificios públicos, y colocaban las banderas guatemaltecas. En seguida, se entregaron desenfrenadamente a cometer toda clase de desafueros: la honra, la vida y los intereses fueron perdidos. Asesinaban a cuanto hombre encontraban, y a las mujeres, jó-

venes y viejas; que se resistían a las exigencias de aquellas bestias humanas. Saquearon templos, despojando las imágenes de sus alhajas. Se hizo general el saqueo en los almacenes, tiendas comerciales de segunda orden, pulperías y todas las casas de la ciudad, en las que barrían con todo, quemando los pianos y los pueblos que no podían llevarse; quemando los grandes y lujosos tremoles, y no saciados en su espíritu de destrucción, partieron en dos tantas las piedras de moler de las pobres, no quedando ni aves de corral, ni gatos, porque todo se lo comieron. Entre las mismas tropas, bárbaras e inhumanas, se desafiaban en sus proezas salvajes, a quien saqueaba y destruía más. Quemaron los archivos del Gobierno y hasta los de algunas iglesias y bibliotecas, y barrieron con todos los elementos bélicos que hallaron; y por último, no satisfechos con su obra nefanda de devastación, extendieron sus fechorías a las quintas y fincas cercanas alrededor de la ciudad, en las cuales quemaron muebles y algunas casas, violaron y saquearon todo, llevándose los ganados vacunos, caballar y de cerda, y cuanto ave de corral había en ellas. La capital cuscatleca, en aquel entonces, quedó convertida en escombros, como si hubiera sufrido un cataclismo, presentando un cuadro tétrico que evocaba la angustia, el pesar y la tristeza, porque todo cuanto existía en ella, había desaparecido, no quedando más que el aciago recuerdo de estos fatales sucesos...!

Desde entonces, y con sobrada justicia, se engendró el más ascendido odio de El Salvador para Guatemala; odio que, ulteriormente, acarrió serios conflictos entre ambas Repúblicas. Pero hoy en día dado

nuestro grado de civilización y cultura, por una parte, y por la desaparición, por otra, de aquellas generaciones, ese antagonismo va casi extinguiéndose.

## VII

Al tratarse de aquella capital y de un asunto que tiene relación con nuestro protagonista, el General Barrios, reseñemos algunos datos históricos de su fundación.

San Salvador fué primitivamente fundada a 10 kilómetros de la ciudad de Suchitoto, en un valle denominado «La Bermuda», el 1o. de diciembre de 1524. En el archivo del Ayuntamiento de Guatemala, consta que, en Mayo de 1525 ya la ciudad había tomado mucho incremento, siendo su primer Alcalde, Don Diego Holguín.

El fundador de San Salvador, Don Diego de Alvarado, con fecha 1o. de Abril de 1528, hizo trasladar la población al Valle de las Hamacas, donde actualmente está.

El 27 de Septiembre de 1546, en Real Cédula firmada en Guadalajara, España, por el Emperador Carlos V, le fué conferido el título de ciudad.

San Salvador dependió del Alcalde Mayor de Acajutla. Posteriormente se gobernó por Alcaldes Ordinarios, y, a mediados del siglo XVII, se dió nueva organización al Cabildo. En el siglo XVIII se estableció la primera Intendencia de San Salvador. Los historiadores y cronistas, refieren que el nombre de San Salvador, proviene de la rememoración de una gran batalla, ganada por los españoles a los naturales, el día 6 de Agosto de 1526, a la orilla del río Lempa, fecha que la Iglesia consagra a la aparición de Jesús a los Apóstoles y que hoy celebra la

ciudad como fiesta titular.

San Salvador fué capital del Estado, desde 1821 hasta 1839; el Congreso Federal, en 29 de Mayo de ese año, la declaró Capital de la Federación, residiendo en ella las autoridades, hasta 1839. Desde entonces volvió a ser Capital del Estado, hasta 1854, en que fué trasladada a Cojutepeque, a consecuencia de las ruinas de aquel año. Siendo Presidente el General Gerardo Barrios, trasladó nuevamente la Capital a San Salvador, el 29 de Junio de 1859.

San Salvador ha sido víctima de varios torrentes, los que la han hecho desaparecer y reaparecer con nuevos brillos.

En la actualidad, esta Ciudad ocupa una superficie de 200 hectáreas, y su posición geográfica es: Latitud, 18°, 43" 43" Norte y 89° al O. del meridiano de Greenwich. La temperatura media es 23° 3; teniendo hoy una población de 150.000 habitantes, según los datos demográficos más recientes.

Subió a la Presidencia el Doctor don Francisco Dueñas, siendo uno de sus principales colaboradores el General González. Al tercer día firmó un convenio con Carrera, por el cual, el Dr. Dueñas, se comprometía a pagarle *dos millones de pesos*, en anualidades de *quinientos mil pesos*, que debían comenzar en el año siguiente. Esta suma era por indemnización de las dos referidas guerras.

A los cuatro días de firmado este Convenio, marchó de regreso a Guatemala, con todos sus ejércitos, habiendo tenido en esta campaña la pérdida de dos Generales, ocho Coroneles, 1.300, entre clases y soldados, y 360 heridos, entre ellos, algunos jefes importantes; y de parte del General Barrios hubo, de bajas,

Generales Bracamonte y Castillo. algunos Coroneles, 3,800, entre clases y soldados, y muchos heridos.

El día 15 de Noviembre, Carrera y sus ejércitos hicieron su ingreso a la Capital de Guatemala, en donde se

les hizo un espléndido recibimiento, con arcos triunfales, desde el Guarda de la Barranquilla, hasta la Plaza de Armas, habiéndose dirigido a la Catedral, donde se ofició un solemne Te Deum, en acción de gracias.

El General Gerardo Barrios, a fines de Junio de 1865, iba de Costa Rica a El Salvador, en movimiento revolucionario; pero deseoso de proveerse de agua y víveres, que se le habían escaseado, arribó a las proximidades de Corinto, en la goleta "Manuela Planas", en la que iba. Las autoridades de dicho puerto lo capturaron y el Gobierno del General Martínez, en acuerdo de 10. de Julio de ese mismo año, lo declaró reo de Estado, como enemigo político, habiéndolo trasladado a León. Pocos días después llegó a Nicaragua el Ministro Plenipotenciario de El Salvador, Licenciado Don Gregorio Arbizú, a gestionar sobre la extradición del reo. Por decreto de 12 del mismo mes, se reconoció al Licenciado Arbizú, en su elevado cargo y se nombró al Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Don Pedro Zeledón, para que, en nombre del Gobierno de Nicaragua, celebrara la Convención Zeledón-Arbizú, en la cual, se garantizaba la vida del ilustre reo; y así, mediante esta precisa condición, fué entregado y llevado a aquella República, vía La Unión; habiendo llegado el 28 de Agosto, a la Capital, en donde, tan pronto llegó, se le juzgó militarmente, formándole un pseudo proceso; y al saber esto el Gobierno de Nicaragua, viendo el Inminente peligro que corría la vida del extimio General Barrios, mandó al Licenciado Zeledón para gestionar sobre el cumplimiento estipulado en la referida Convención; pero todo fué en vano; toda gestión y esfuerzos nobles, generosos, de parte del Licenciado

Zeledón, fueron infructuosos; y sin ser atendido, el día 29 de Agosto, a las 3 de la mañana y al pie de la ceiba del Cementerio, fué fusilado, mejor dicho, asesinado, el ex Presidente y excelente jefe, Gerardo Barrios, quedando así burlado el Gobierno de Nicaragua y el Licenciado Zeledón, quien, altamente contrariado y decepcionado, renunció a la política y a la vida pública y se retiró a la vida privada.

\*\*

En cuanto al General Carrera, a mediados de Febrero de 1867, fué a Escuintla a una temporada de baños. De allí se dirigió a la valiosa hacienda "Punián", situada en la costa del Pacífico, de donde regresó a Guatemala, casi a fines de Marzo. Al pasar por Amatitlán, se le obsequió con un banquete, por las autoridades y principales vecinos de esa ciudad.

Algunos días después de llegado a la capital falleció, el Viernes Santo del mismo año; habiendo paseado el cortejo fúnebre, en procesión solemne, alrededor de la Plaza de Armas y sepultado sus restos en las bóvedas de la Catedral Metropolitana, en el mismo lugar donde también descansan los restos del General Reyna Barrios, muerto trágicamente, siendo éste un Gobernante progresista, que la historia recordará con gratitud.

GILBERTO VALENCIA ROBLETO.

*NOTA: Esta narración histórica fué leída por su autor a nombre del ATENEO DE EL SALVADOR, en el Colegio García Flamenco, ante numeroso alumnado y profesorado. Hubo aplausos y felicitaciones.*